

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI

San José, Costa Rica **1939** Sábado 11 de Febrero

Núm. 9

Año XX — No. 865

SUMARIO

Recado a los amigos de América..... *Gabriela Mistral*
"Yo valgo fuera de la Academia".....
Los Prisioneros de Atlanta..... *Felipe Cossio del Pomar*
Tablero.....
El Gobierno peruano hostilizó a Indalecio Prieto..... *Luis E. Heysen*
Francisco Zúñiga, pintor y escultor..... *M. Rodríguez Lozano*
Hostos y Albizu Campos..... *Mauricio Magdaeno*
Blasón..... *Alberto Masferrer*

Masferrer humorista (y 2)..... *José M. Peralla*
Tres cartas y un comentario..... *Ricardo Jiménez*
Noticia de Libros.....
"Araucán"..... *R. Brenes Mesén*
"Jicaral"..... *Amalia de Soledad*
Erase una vez...
Sombra burla al Rey..... *León Frobenius*
Grischa..... *Antón Chejov*

Recado a los amigos de América

= Envío de la autora. Embajada de Chile. Washington, D. C.—2 de febrero de 1939. =

La tragedia andina

Desde un pueblo español de la Florida, el San Agustín de Ponce de León, mandó estas palabras, a la vez con rumbo y al azar, pues las envío a la gente americana que conozco y a la que no he visto también.

La naturaleza chilena es heroico-trágica, según lo he contado a ustedes en mis pláticas. El fuego trabaja en nuestros volcanes mientras el hombre, olvidado de él (porque no lleva lastre de fatalismo) hace sus pueblos sin acordarse de su Plutón, en la confianza vital que sienten el campesino de la Campaña italiana o el de las islas japonesas, aguijoneadas también del fuego.

La catástrofe que llena las planas de los diarios de América no ha sido, por desgracia, exagerada. Un tercio del territorio quedó dentro de la conmoción y las mejores ciudades de la zona, logradas a fuerza de civilidad corajuda, han padecido quebranto ligero o mortal. Pero Chillán, cuna de nuestro O'Higgins esencial, fué realmente arrasada y hay que levantarla piedra a piedra; y la ilustre Concepción, santo y seña del Sur, de tan noble estampa, ha perdido barrios enteros y deberá reedificarse en buena parte.

No ha sido la militarada loca ni la sombría guerra civil quienes han echado a tierra nuestra hermosa artesanía de ciudades coloniales. Podemos decir a los países que nos juzgan, con la cortesía del gentil-hombre japonés: "Venid como siempre; nuestra casa ha sido trastornada en una noche, pero no por el brazo de sus hijos, sino por el vuelco de la Tierra."

El gobierno de entraña popular, que había llegado con el programa de dar trabajo y llevar pan, va a aplicarse ahora a rehacer el cuerpo de las siete provincias en desgracia.

Un mandatario a la vez reformista y patriarcal, como Sarmiento, hombre de la tierra, pues la cultiva, y hombre de libro, ya que enseñó a leer, recorre el Sur con su santa mujer, deteniéndose en cada población amagada, deitando los recursos y llevando fé a los ánimos. Don Pedro Aguirre no se improvisa como padre de su pueblo: ya lo fué antes de su alumnado y después de sus inquilinos.

El país entero trabajará con diligencia leal, y lo hará además con toda la eficacia que le da su cuerpo de técnicos y su equipo europeo de médicos, lleno de elán salvador. Los hombres de cualquier clase social y las mujeres criollas que no necesitan ser llamadas para acudir, hasta los niños que tan ajenos parecen en

una catástrofe, están trabajando hace seis días en levantar esos pesados y tristes cadáveres de ciudades. No hay brazo ocioso a estas horas en Chile; ninguna buena voluntad se rehusa al largo sacrificio, y este salvataje terrestre no tiene nombre de clase ni de partido —¡ja Dios gracias!—No irán camisas de ningún color llevando la salvación, porque salvar lo quieren todos y la piedad se rebaja con swásticas y con martillos. Estamos juntos, como en los tiempos de la vieja chilenidad, que todo hizo así, en manojos de almas, en hatillo de leños.

Mi gente sepulta a los muertos de la catástrofe con ese estoicismo que es el hueso

mismo de Chile; ella acarrea sus heridos a los hospitales llevando el pulso firme que nos viene del minero y del pescador; ella cuenta a los vivos con los ojos enjutos, y ella regresará en dos hebras al campo y a la fábrica, a regar el plantel y a apresurar las industrias de alimentos. La desventura no ha logrado un colapso en el país de las pruebas, que siempre las vió llegar y les dió la cara.

Ayuda americana

Las otras patrias también están trabajando con nosotros y para nosotros, desde el día en que amanecimos con nuestros cuarenta pueblos mascados por el terremoto.

Según el cable, la Argentina estuvo allí, la primera; sus aviones pasaron cerca el Cristo andino, volando con su carga de vendas y drogas, y los chilenos vieron bajar su equipaje de salud en el que venía la sal del Atlántico. *La Cordillera es cosa viva*, dice el arriero, y viva pareció esta vez en el ir y venir de la gente una que parte y comparte su trágico andino. El Perú, ha mandado una carga de alimentos y de petróleo para ayudarnos la subsistencia y la movilización. Los Estados Unidos han doblado a la Panagra su itinerario y la prensa y la radio yanquis han vuelto la tragedia tan objetiva que la mano del Norte palpa y mide nuestra desgracia. Las demás patrias acudirán o irán poco a poco llevando los recursos, en relación con lo que saben de nuestra pérdida y con lo que tienen de dar. La América, gracias a los últimos cinco años, que son de *unidad*, no tiene ya muros triples ni cerrazón de ahogo; todo es resonancia entre nosotros, a esta obra moral que parece de "vísperas", de unas "vísperas" tardadas, pero que llegan...

Ayer no más

Hace siete meses ya, atravesé nuestro Valle Central, después de años de no verlo, en su raya brava y fácil de tierra maniquea, aquí llana, allá arisca, tendida en diez kilómetros y de pronto enderezada como el caballo de San Martín que llegó hasta él.

Iba en mi tren de ventanas anchas, gozándole la donosura, bebiéndole los olores frutales y mirando por todas partes la retirada del bosque y la invasión del buen cereal. Cruzaba mi vieja tierra, sorprendida y contenta, agradeciéndole una vez más al Sur de Chile el que sea tan lindo como para encandilar de gozo a sus propios hijos y tan recio como



Gabriela Mistral
(1938)

para plantar entre la piedra, sobarle la esquivez y anegarla en verdes y verdes.

Las cumbres medio nevadas saltaban a mis ojos al paso de cada provincia; eran los volcanes nuestros, que parecen terribles joyas, cogidas en sus extremos por el cielo y la tierra. Yo los veía pasar, sin saber cuál de ellos tenía ya a medio pecho su llama, y la muerte que va con ella. El Llaima, el Villarrica, los demás, son puro destino antiguo, es decir, fuerza loca, que nunca podremos volver aliada. Pero entre sus tiempos de cólera, nos quedan unas grandes pausas, unos largos respiros, en los que nosotros trabajamos, con tal seguro, con tal alegría, que nuestra historia llega a parecer sin tragedia y a dársela por feliz.

En Chillán me detuve, por deseo de sentir la vieja chilenidad, el Chile clásico que es una de las orillas en donde duran mis pies.

Los niños chillanejos desfilaron a mi vista, cruzando su vieja plaza. Pasaba y pasaba en tres mil niños la mocería criolla, y yo no sabía que una porción de esa carne niña una noche de fábula, pasaría del sueño a la muerte, como de nodriza a nodriza, sin más que un grito en el tránsito.

Era el mes de mayo. El agro de Chillán había hecho ya su trilla y voleado su pan. Yo veía el segundo Chillán, que ha corrido la suerte del primero. El que viene plantará su vida en otro sitio, donde la presión telúrica sea más débil; y la falange de arquitectos jóvenes levantará allí una ciudad de hoy, acordada a suelo y atmósfera, como no pudo hacerla el español, que fundó en lo extraño a sus sentidos.

Una ciudad de hombres ya pasó; otra viene: el criollo de Chile es de los que *quieren*, es decir, de los que contestan a la Tierra lo de Bolívar: —“Si la Naturaleza se opone, también iremos contra ella.” Palabras que parecen temerarias, pero que son un “halalí” anti-pagano, un reto cristiano a las Erinias.

Mujeres y gremios

Las mujeres de la América manejan la beneficencia nuestra, ellas la sirven y allí que man sus manos. En Uruguay como en Cuba o el Perú, yo las he visto hacer su fértil oficio. Estuve entre ellas, y hago su recuerdo sabiendo que vendrán a nosotros, al trance en que servir es urgencia y volver la cara al hermano es ímpetu de la sangre.

Me acuerdo también, para sosegar mi angustia, de que nuestra América, como esta otra que cruzo, ya tiene sus gremios señalados como facciones claras; sé que los escritores, los maestros y los obreros han tendido una red de pescador a lo largo de nuestros pueblos. *De gremio a gremio* decimos hoy en la América, *de oficio a oficio*. Estas sociedades, puestas a sensibilizar la geografía común, que, que hasta ayer era sorda; estos grupos

de hombres, calientes de conciencia actual, han sentido el desgarrón con sangre de la red en el punto austral, la racha de muerte que tira del Sur y que sacude sus manos leales.

Acudan, pues, las escuelas felices a las 400 ó 500 escuelas desmanteladas del Valle Central, que tal vez ahora enseñarán a la intemperie, bajo los aromos o los castaños o en el corredor de las haciendas, porque sus maestros corearán el Silabario en donde se pueda, hasta que venga el techo y lleguen por el tren los materiales.

Los escritores, ayúdenos, haciendo presente en los meses que vienen una crisis cuya onda no acabará de pasar antes del año, a fin de que la buena voluntad de la opinión no se enfríe.

Y los obreros recuerden que Chile es un país industrial, donde el andamio y los altos hornos apuntan al cielo y en el que la blusa azul triplica la chaqueta funcionaria. Nuestra América, nacida en campesina, resuena en el Sur de metalurgia recia y de ritmo seco de grúas.

La mano de construir

Ayer hojeaba una gran revista de imágenes yanquis, y el agua fuerte que atrapó mi vista fué la de un brazo de obrero, que batía en el sol la mano basta de constructor. El grabado me comía los ojos, hasta que el recuerdo se me vino entero, y entendí.

Aquella mano abierta era igual, era la misma que vi en mi infancia en un hombre de Coquimbo que primero fué leñador y después herrero. Ancha, dura y blanda, a la vez; bella y fea como la tierra, esa mano de demiurgo me atraía y me retenía. El dorso y las coyun-

turas *hablaban* y la recorría toda no sé qué magia, y aun quieta, saltaba de sus dedos hacia mí una larga vibración.

Veo ahora, detrás de esa mano, las aldeas del Sur, fulminadas; distingo debajo de ella las escuelas rotas, por las que corren el agua y el viento, y asoma entre sus dedos el campo mío, cada parcela de huerta y de maizal.

Esa mano, mitad de peón y de obrero, será la que, hoy como siempre, reconstruya, asista y salve; la que enmiende lo magullado y levante lo caído, y con el fuego lúcido, resucite lo que calcinó la llama insensata.

El pueblo de Chile, que parece frío, de ser contenido, y parece sordo, de que es subterráneo, hará *lo suyo*, que ahora es seguir a sus técnicos y callar unos años doblado sobre el suelo doliente, y recobrar la alegría, junto con ellos, cuando el cuerpo del país esté rehecho, como el cuerpo del herido que llena el hospital de Chile.

GABRIELA MISTRAL

Querido amigo Dn. J. G. M.:

Vuelvo a saludarle. Este largo silencio no ha sido de olvido. Hace días le envié de aquí unas tarjetas. Ahora este artículo, que le ruego dar en *Repertorio*, lo más pronto posible. Ya sabe Ud., amigo, la tragedia de Chile. Tremenda, y de resonancia larga, porque se tratará de reconstruir un tercio del país. Ud., que tanto ha apreciado nuestra tierra, sentirá congoja parecida a la mía. No me tenga a mal el no haber aceptado esa Legación en Centro América. Yo no deseo entrar en la diplomacia. Como Cónsul me siento bien: basta y sobra para mí.—Le abraza con leal cariño

GABRIELA

“Yo valgo fuera de la Academia”

Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce, Emilio Castelar, Juan Valera y la señora de Pardo Bazán, quisieron el ingreso de Juan Montalvo en la Real Academia Española de la Lengua. Y propusieron su nombramiento en el seno de esa corporación, como un homenaje al primer escritor hispanoamericano. Y apesar del prestigio y del interés de Emilio Castelar y de los razonamientos de Gaspar Núñez de Arce y de Campoamor y de unos cuantos votos favorables, la Academia rechazó el propósito de ingresar a Juan Montalvo en ella, donde —como en toda Academia— más primaban el criterio conservador, religioso y de casta, y la gazmoñería, con todos sus matices, que la inteligencia serena para la valoración justa de las obras y de los hombres.

Los viejos gazmoños de la Academia, advirtieron que Montalvo, si muy ducho escritor castellano, adolecía, en cambio, de ideas libe-

rales. Esa secta literaria odiaba a los libre-pensadores.

Tal incidente, Montalvo casi lo había previsto pues unos días antes de la proposición, al visitar Juan Montalvo, en compañía de don Eduardo Calcaño, el local de la Academia, tuvo su mal rato con el bibliotecario don Aureliano Fernández de Guerra y Orbe, erudito que “a fuerza de apellidos ya iba quedando sin el nombre”.

Y ocurrió que en la tal visita, al ser presentado por el Ministro de Venezuela al señor Fernández de Guerra y Orbe, Montalvo fué descomedidamente tratado por éste. El descomedimiento y la grosería del académico se produjo en recriminaciones precisamente sobre los Siete Tratados, o sea sobre el libro que los amigos del escritor ecuatoriano presentaban como la justificación de su deseo de contarle como su colega.

Y aunque el Secretario de la Academia correspondiera la visita —durante la cual Montalvo le tratara con la exquisita urbanidad y señorío que acostumbraba siempre y que para el señor Fernández constituía una lección—, las suspicacias del fanático se sobrepusieron a toda consideración netamente literaria o científica, y la propaganda se hizo en sentido adverso.

Montalvo llamó despectivamente a todos estos caballeros “académicos de Tirteafuera”; y, con su natural soberbia, desechó todo propósito amigable de insistencia para conseguir honores académicos. “Yo valgo fuera de la Academia”.

(Lo cuenta Oscar Efrén Rebolledo en su libro *Vida de Juan Montalvo*. Quito, 1935.)

Fe de erratas

Las hubo—con gran pena de nuestra parte—en la página lírica que dimos en la entrega pasada, de Alfredo Cardona Peña.

En el poema *El místico oficiante*, en el soneto III, el verso 7 léase así:

y sin hablar me aventuré en la senda

En el soneto XII, el verso 7 debe leerse así:

y fuerza que en el fondo se revela

En el soneto XV, el verso 3 debe leerse:

luz de mi fe, blasón de mi alegría

En el *Canto a mi maestra*, el verso 41 debe leerse así:

atléticos obreros de músculos desnudos

Los prisioneros de Atlanta

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

— Envío de la Delegación del Nacionalismo Puertorriqueño —

A dos millas de Atlanta, capital del Estado de Georgia, se levanta, disfrazada de Palacio renacentista, una de las más lúgubres prisiones de Estados Unidos del Norte: la Penitenciaría de Atlanta.

Adornan los prados ingleses que rodean el edificio una serie de torrecillas miradores por donde asoman, en decorativo camuflaje, las bocas de las ametralladoras vigilantes, y por las aventadas solitarias pasean quedamente sobre la nieve los guardianes conduciendo grandes perros adiestrados en la caza y en el odio al prisionero. Como un eco, llega a la soledad del paisaje el trajín urbano de la ciudad en vísperas de Pascua.

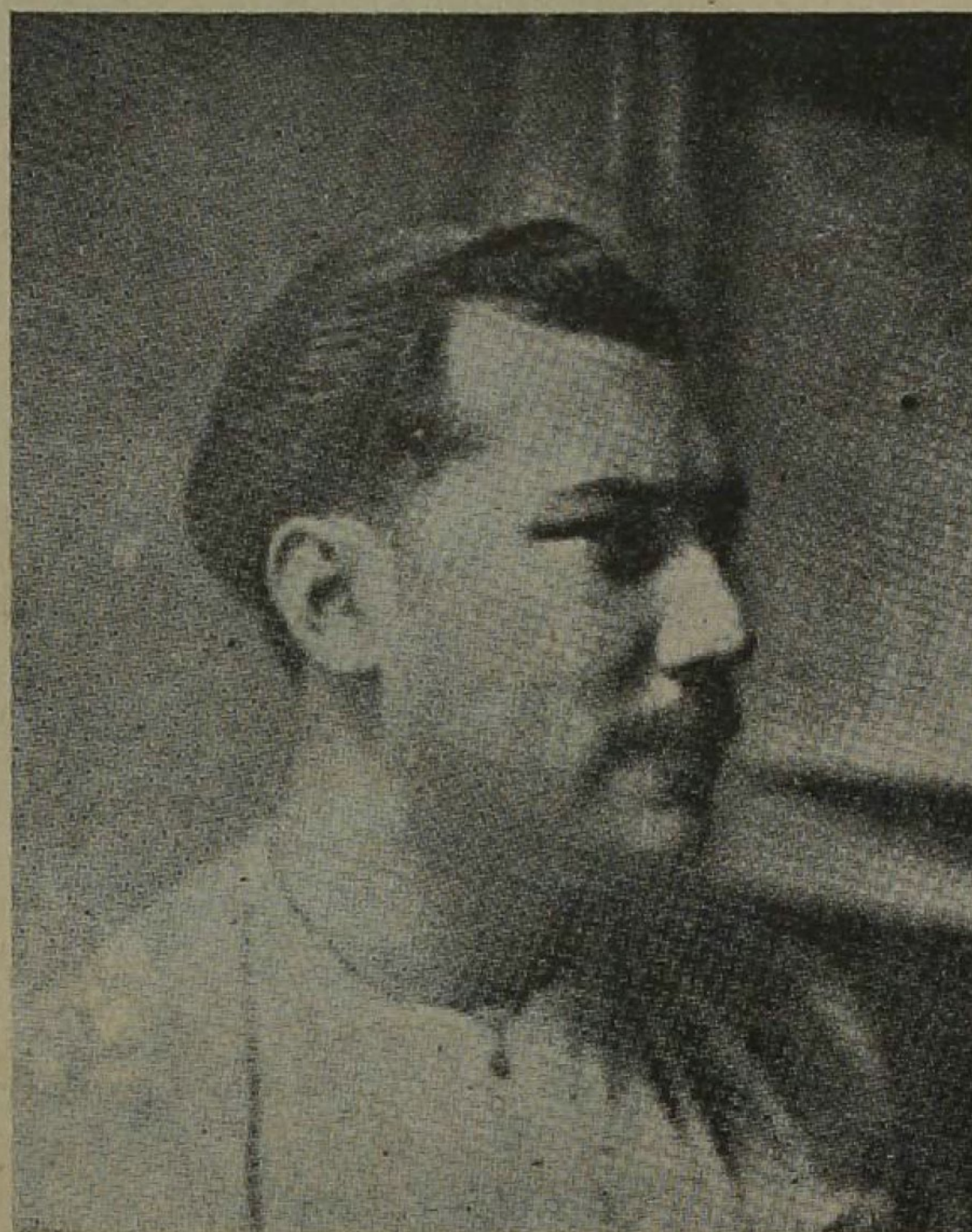
Dejando las costas tórridas del Caribe, he penetrado en estas heladas regiones para visitar a dos prisioneros ilustres. Dos hombres arrancados de una isla adornada de palmeras y de sol: *Puerto Rico*. Separados de sus hogares, sus mujeres y sus hijos, conducidos con cadenas y esposas, condenados a diez años de trabajos forzados por "complotar contra el gobierno de los Estados Unidos". Y por más acostumbrados que nos tengan estos tiempos de masacres, torturas y persecuciones, la tragedia de Albizu Campos y Juan Antonio Corretjer, tocándonos directamente, se nos hace palpable, aplastante como esta atmósfera gris que envuelve las piedras de la prisión, como estas pesadas rejas que al abrirse producen el mismo ruido que los gatillos del *mauser* al armarse.

Desde la sala de espera, de mármol immaculado, distingo las galerías al través de los barrotes. A diez pasos de nosotros desfilan los presos. De dos en dos. Limpios los cabellos, bien peinados, metidos en burdas chaquetas de paño oscuro, tienen el andar agobiado de los esclavos.

Entre las borrosas fisonomías de los contrabandistas, estafadores, monederos falsos, trato de distinguir la cabeza morena y soñadora de Albizu Campos. Terminado el trabajo pasan por cientos, en líneas interminables. Caminan hacia el refectorio. Indiferentes, apenas una que otra mirada se prende en el grupo de visitantes. Se ve que la disciplina rutinaria ha dejado a esos hombres sin alma. Los jóvenes son los más encorvados. La tentativa por distinguir a "los míos" es vana. Sin embargo, entre la larga fila de criminales deben encontrarse Albizu Campos y Juan Antonio Corretjer. Dos héroes condenados por la loca osadía de rebelarse contra los opresores de su patria, por encabezar el movimiento de independencia sin apoyarse en otra fuerza que la moral para enfrentarse al poderío de los representantes del capitalismo yanqui. Por luchar para que el pan del pueblo borinqueño no esté a merced de las combinaciones bancarias de Wall Street y querer salvar a los suyos del oprobio y de la miseria. Por ser los representantes de la nueva generación reivindicadora, los jefes reconocidos por el pueblo que sufre.

Albizu Campos, Corretjer y los otros líderes encerrados en diversas prisiones han respondido con un heroísmo digno de la confianza que en ellos depositaron sus compatriotas. Guiados por el nuevo espíritu, siguiendo la evolución autóctona de Indo-América, predicán y combaten por un nacionalismo verdad.

El Director de la prisión, tras de un lujoso escritorio, hace como que examina mi pasaporte y la carta de presentación del Procurador General de la República, mientras me somete a un



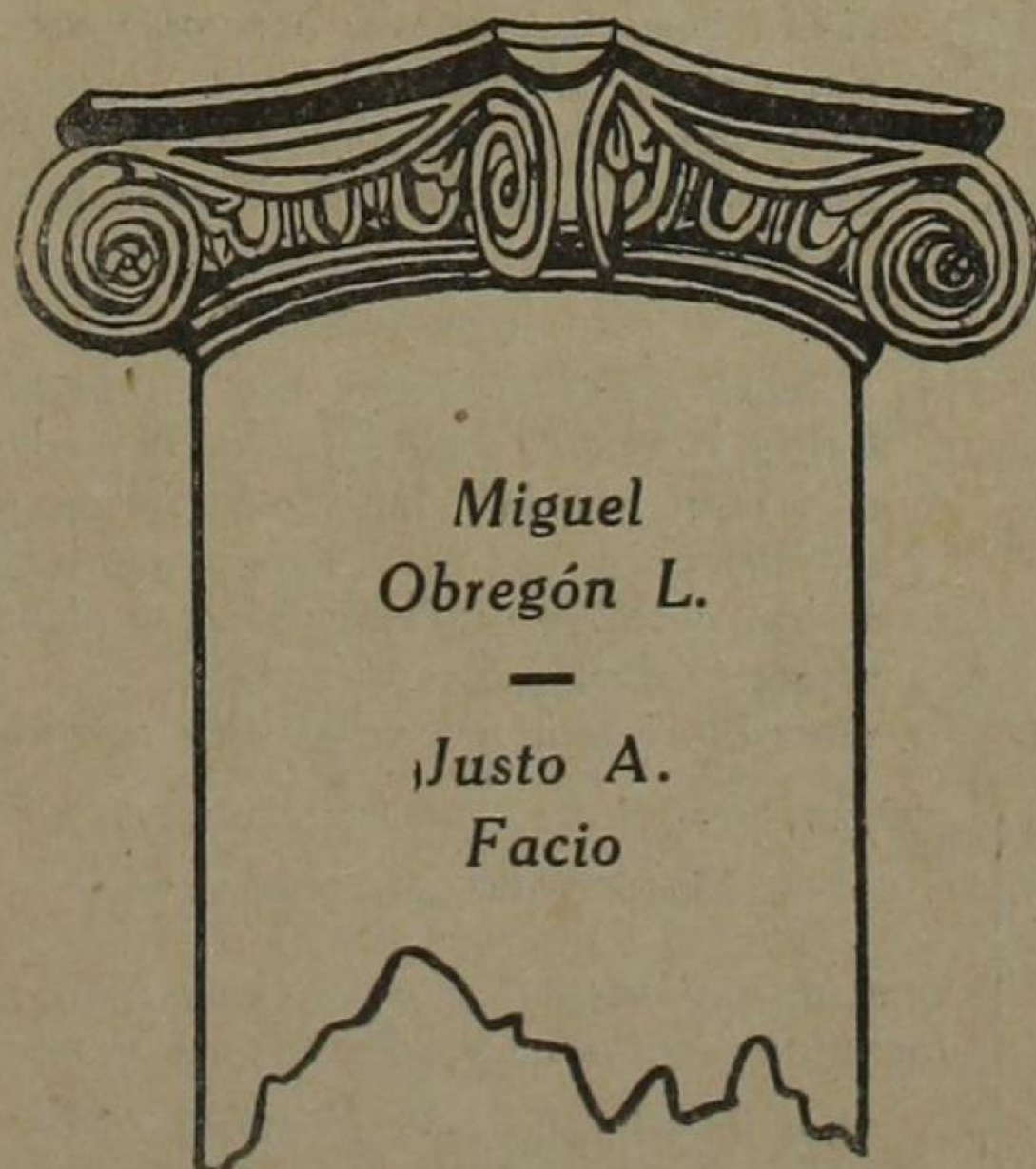
Juan Antonio Corretjer

cross examination cerrado. Si soy puertorriqueño, los fines que me traen, qué razones personales tengo para hacer esta visita.

—Solo motivos sentimentales y humanos. Traer a estos amigos la seguridad de que sus amigos no los olvidan. De que trabajamos para obtener su pronta liberación. Luego, llevar a sus familiares una palabra de consuelo, el testimonio personal de quien los ha visto y ha hablado con ellos. Noticias sobre su aspecto físico. Pequeñas cosas que pueden no tener importancia para un carcelero o un juez pero que son trascendentales para una madre, una esposa o un hijo.

Los ojillos grises del Director me examinan a fondo.

—Efectivamente, me dice, aquí no podemos ser sentimentales. Necesitaríamos un salón con capacidad para recibir a los familiares y amigos de tres mil quinientos prisioneros. El reglamento es preciso a este respecto. Cada preso sólo puede recibir una visita mensual. Y ésto, de personas que hayan indicado antes de ser internados.



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella escribiremos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. Servidores del Espíritu fueron.

Mostrándome una tarjeta agrega:—

—Mr. Albizu Campos ha escrito seis nombres: Senador Marcantonio, abogado Concepción, y...

...y no está el suyo. Lo lamento.

—¿Y estas personas han estado a verlo?

—Ninguna.

—¿Quiere decir que en más de un año de prisión no han tenido una sola voz amiga que les hable, y por cuestión de fórmula me priva Ud. de hacerlo?

—No es cuestión de fórmula sino de reglamento. Yo no hago más que cumplirlo. Además, agrega como a pesar de sí mismo, hay recomendación especial, para vigilar a estos presos. Los visitantes bien pueden traer y llevar órdenes revolucionarias.

—En ese caso podría hablar en inglés y delante de un guardián, sólo quiero comunicarle al Dr. Albizu Campos que estamos trabajando por su libertad.

—También sobre esto permítame desengañarlo,—me dice el Director, que parece estar informado. Sus amigos de Washington y sus abogados me han dicho que han agotado todos los recursos y no queda ninguna esperanza.

Viendo que es inútil la carta del Procurador y todas mis razones, pues como argumento final me dice que este mes, espera la visita del Senador Marcantonio, (amenazante y periódica promesa) y la mía vendría a cancelar la de su compatriota. Así pido permiso para escribirles.

—Tampoco es posible. El reglamento es contundente y rige para la correspondencia lo mismo que para las visitas. ¿Tiene su nombre en lista?

Siento que es inútil insistir. Traigo unos libros: "El Antimperialismo y el Apra" y "Ex-Combatientes y Desocupados" de Víctor Raúl Haya de la Torre; otros de Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez, Pedro E. Muñoz, Carlos Manuel Cox y ese poema doloroso de Juan Seoane, "Hombres y Rejas".

—No pueden recibir libros sino en el caso de ser enviados directamente por la Casa Editora, y después de ser revisados por el Censor de la prisión. No me atrevo a presentar al censor mis libros. Máximo después de haber subrayado con lápiz estas líneas en "Ex-Combatientes y Desocupados": "el imperialismo será vencido, será vencido con el resurgimiento de la inteligencia en la clase trabajadora; el imperialismo con sus gases asfixiantes y sus ejércitos, no podrá vencer el boicot, que es el arma que está en las manos de los trabajadores para ser usadas... Grandes imperios que dominaron al mundo antes de hoy han rodado hasta hundirse en sangre y polvo porque estuvieron basados en el robo, en la explotación y el abuso".

Antes de despedirme hago una última pregunta: —¿El reglamento es tan estricto para todos los presos?

El Director tiene el pudor de guardar silencio.

Ha sido inútil mi viaje. Los prisioneros no se enteraron del buen propósito de mi visita, ni del saludo que los amigos y correligionarios que llenos de esperanzas siguen la lucha. La nota del Comité Aprista de México y de ese batallador optimista, José B. Coyburu, han quedado en mi bolsillo. Las guardo para que Albizu Campos, Corretjer y demás compañeros puedan leerlas algún día, que presiento próximo. Ahora los dejo tras los muros y las rejas de la Prisión de Atlanta.

Atlanta, Georgia, E.E. U.U.
Diciembre de 1937.

Tablero

Con gusto, de un sorbo, nos hemos leído este libro:

El Licenciado don Alejandro Alvarado García. Centenario de su nacimiento. Compuesto por Alejandro Alvarado Quirós. San José, Costa Rica. Enero de 1939. Editorial Trejos Hnos.

Dichoso padre que pudo hacer las cosas buenas que su hijo sabe decir de él con orgullo, sobriedad y decoro. Dichoso hijo que tuvo padre de quien hacer tan buenos recuerdos; a quien amó, y admiró. A quien amar y admirar; esto es lo fundamental, lo decisivo, en el homenaje del hijo agradecido al padre generoso.

Un libro conmemorativo inusitado en nuestras letras. No suelen salir parecidos. Ni es fácil hacerlos. Ojalá los hubiera más, porque vidas y obras memorables no nos faltarían. Lo que no hay son devociones sinceras, sin retórica, desde luego, ni posturas, ni encargos, ni veladas segundas intenciones.

Sacamos en limpio algunos pasajes, como lección y ejemplo.

Del padre como Presidente de la Corte:

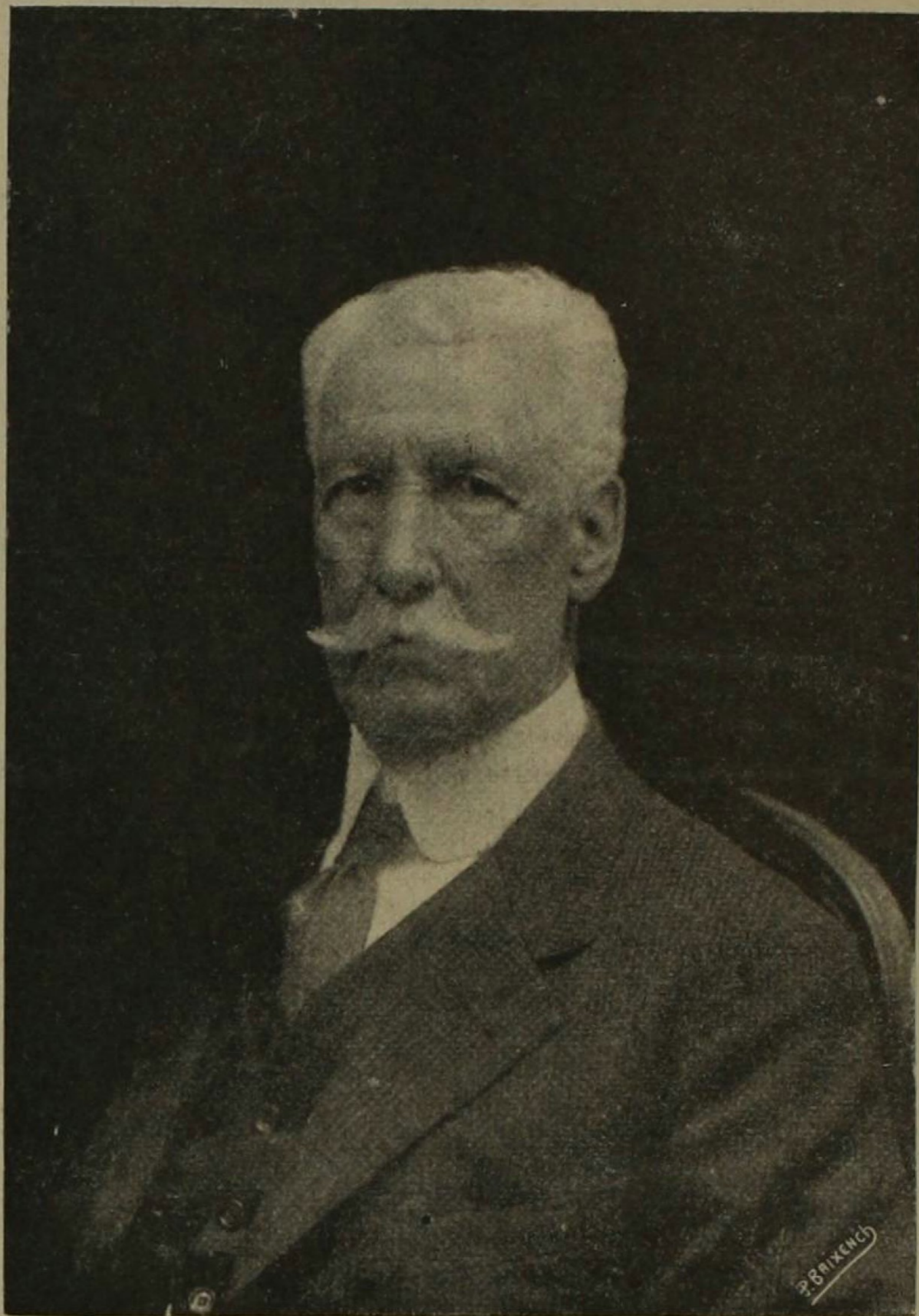
Su personalidad y hasta su aspecto físico, como ha dicho uno de sus biógrafos, parecía rectilíneo e imponía respeto. Sus cabellos blancos, que daban a su cabeza un atractivo singular por la regularidad de sus facciones, como si fueran las de un europeo, semejaban la peluca que en Inglaterra decora artificialmente a los jueces del Tribunal Supremo; y si a esto se une la afabilidad de su trato, que se hacía sentir con sus subalternos o con los humildes, haciendo brotar la simpatía y facilitando las entrevistas, es lógico suponer que el poder en sus manos fue ejercido noblemente y con llaneza, y que cuando al final de su vida repasaba sus múltiples etapas, pudo exclamar con ingenua satisfacción que, a pesar de haber juzgado a los hombres durante tantos años, no creía tener un enemigo; que de seguro había cometido errores, porque era humano, pero que la ecuanimidad de espíritu había sido la norma inflexible de toda su existencia.

Del profesor, dice el hijo:

Para ser profesor poseía don Alejandro una verdadera autoridad moral, que le venía de su propia vida, y una gran experiencia de la multitud de litigios y casos resueltos como Magistrado de la Corte, así como su dón de gentes y la simpatía que le inspiraban los jóvenes, al punto de que, si renunció voluntariamente a sus labores de juez, no quería, ni por la disminución de su energía física causada por la avanzada edad y la dolencia, separarse de la cátedra, que era después de un cuarto de siglo la ocupación predilecta de su espíritu.

Del Magistrado habla, con la sencilla sabiduría que posee, su compañero el Lic. don Alberto Brenes Córdoba (Su contribución para este libro educativo, como la de Tovar, es de lo mejor que en él hay):

En punto a castigos, la lenidad era su regla; que no parecía sino que su Dios, cual el de Mahoma, tuviese como supremo atributo el ser clemente y misericordioso. De ahí que en ejercicio de facultades disciplinarias, difícilmente consintiera en destituir a un funcionario o a un simple empleado subalterno, o en imponer cualquiera otra severa reprensión. Fue él quien



Lic. D. Alejandro Alvarado García
(1839-1922)

logró implantar, no sin vencer tenaz resistencia, la teoría de que en delitos de prensa son aceptables atenuantes a efecto de rebajar la pena, no obstante tratarse de una ley especial que no las nombra. ¡Grande era su satisfacción cuando en virtud de atenuantes llegábamos al minimum: tres días de arresto!

Puede que la teoría no fuera muy fundada, pero era humana, muy en consonancia con los benévolos sentimientos de su autor. De todas suertes, en ello, como en todo, le guiaba su inclinación al bien, su obediencia al impulso altruista, que es lo que en definitiva importa, lo que jamás se pierde, pues las acciones generosas son el pan de vida de que habla la Escritura Santa, que puesto sobre las aguas fugitivas del tiempo en las playas de la eternidad lo encontraremos.

Recojamos esta circular que tanto enaltece a los que la han firmado. No saben ellos cuán grande es el agradecimiento en que nos dejan con eso. Algunos resultados se han obtenido ya de su esfuerzo, dentro y fuera del país. La conducta de estos jóvenes es el estímulo mayor que nos llega

DE MONTALVO DICE MARTÍ:

que fue gigantesco mestizo, con el número de Cervantes y la maza de Lutero

Así habría que leer y entender este párrafo en el artículo de Martí que sobre Proaño, periodista sacamos en la entrega pasada.

en estos días iniciales del año XX de la publicación de este semanario. Como para decirnos: "Adelante, no hay que flaquear. Los días que vienen han de ser mejores, ya que el año 1938 ha sido un tanto aciago".

Esta es la circular:

Comité Pro-Repertorio Americano

Apartado 276. San José. Costa Rica

Setiembre de 1938

Muy señor nuestro:

Repertorio Americano debe ser revista ampliamente conocida de Ud., como lo es por todas las personas cultas y democráticas de América. La labor de esta revista "nuestra" como exponente de todo noble ideal panamericano—llamada por eso mismo *la tribuna de América*—se ha consolidado tanto a través de los años, que ya es opinión extendida al referirse a Costa Rica y a sus avances culturales, singularizar una y otros en este vocero del pensamiento honrado.

En esa inteligencia nosotros estamos convencidos de que *Repertorio Americano*, independientemente de la figura prestigiadísima de don Joaquín García Monge, ha echado ya muy hondas raíces en la conciencia de América como uno de los motores fundamentales de todo problema social e ideológico matizado de justicia. Así es cómo, en esa enorme proporción, se ha convertido *Repertorio* en algo muy nuestro, muy de todos, en un conjunto imprescindible para el público costarricense y para la vida espiritual de los demás pueblos hermanos.

Ahora, si es cierto que Ud. como toda persona culta, abunda en la misma comprensión del problema, no nos explicamos cómo aún existen individuos de avanzada, en el país y fuera de

él, que no se han convertido en propagadores y sustentadores de los ideales que mueven a la revista en referencia, ya sea por medio de la propia suscripción constante y la de los amigos, o por medio de un aporte económico directo.

Porque urge comprender que una causa noble y amplia como la de *Repertorio*—que es la de todos también—debe estar en constante desarrollo, en difusión creciente. Asimismo precisa comprender que corren tiempos de nefasto egoísmo, de cruda reacción contra todo lo que luche por mantener una posición digna, de sordo combate contra todo lo que muestre independencia y talla bastante para librarse de mucha bajeza ambiente. Y tomando en cuenta esto, es necesario asimilar la idea de que si existe un vocero de nobles ideales, absolutamente desvinculado de propósitos utilitaristas, urge, por un espíritu de comunidad ideológica, apoyarlo y difundirlo, empezando desde el punto de vista económico y llegando, si fuese posible, hasta la cooperación cultural.

Así pues, la presente tiene por finalidad el

Sr. Editor de *Repertorio Americano*,
Prof. Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica.—

Solicito a Ud. una suscripción por meses, para lo cual
acompañó la suma de ₡

NOTA: Doce meses ₡ 20.00; seis meses, ₡ 10.00; tres meses, ₡ 5.00. Para el extranjero, cada dólar a razón de cuatro colones.

La generosa actitud de estas almas nuevas para con este "semanario de cultura hispánica", que también lo es y siempre lo ha sido, de las dificultades económicas a toda prueba, nos ha traído a la memoria afectuosa y agradecida, otra carta semejante, y sabrosa, del nobilísimo don José Pijoán, amigo y colaborador; quizás no la conozcan, no la recuerdan algunos de los lectores. Decía entonces Pijoán (es carta de París, febrero de 1935, y la reproducimos del *Rep. Amer.*, número 9 del tomo XXX):

Querido don Joaquín García Monge:

Leí en Ginebra—demasiado lejos para intervenir a tiempo—la carta que publica el *Repertorio*, de Alfredo A. Bianchi, suplicándole de no flaquear, cuando *Nosotros* va a cesar su publicación (*). Es ya lo único que nos queda, dice—y yo como *peninsular*—aunque andariego—le suplico lo mismo. Lo único que nos queda de América es el *Repertorio*, los grandes diarios están acaparados por la *United Press* y localismos de barrios, o naciones.

Pero no basta con pedirle que mantenga la publicación del *Repertorio*, deberíamos de ayudar. Si todos los que recibimos, más o menos gratis cada semana, y por años, el *Repertorio*, nos esforzáramos en conseguir seis suscripciones—que las lograríamos—no haríamos más que corresponder al esfuerzo de usted.

Lo que ocurre con el *Repertorio* es tan profundamente hispánico que hay que declararlo en público, para corrección, si es posible. Cada uno de nosotros piensa sólo en sí. ¡Se llama a esto individualismo! No; es falta de humanidad y además tontería. Ayudando a otros que van por el mismo camino nos ayudamos a nosotros mismos. Al dejar a Ud. acreglárselas solo con el *Repertorio*, no le daña tanto a usted como nos daña a nosotros. Así fracasamos todos y cada uno. En tierras de gentes, no diré nórdicas

(*) NOTA DE 1939.—Afortunadamente, *Nosotros* interrumpió su labor unos meses apenas, y ha vuelto ya al camino de luz que había seguido. Va por el N° 33 de la segunda época, que será tan meritoria, durable y provechosa como la primera.

propósito expreso de sacudir, por lo menos en lo que se refiere a *Repertorio*, esa fatal indiferencia tan característica de nuestro público. No queremos se diga que en Costa Rica las tendencias elevadas se mueren por falta de apoyo, ni por carencia de valor para dar la voz de alarma. Advertimos, eso sí, con suficiente claridad que nuestra actitud es absolutamente espontánea, derivada sólo de la comprensión de los problemas culturales del momento, de cuya causa conceptuamos a *Repertorio Americano* un exponente primordial.

Esperamos por consiguiente, que Ud. coopere con nosotros en el propósito de que *Repertorio* haga oír su voz serena, defensora de las causas justas, en los más amplios sectores y cada vez con intensidad mayor.

Muy atentamente,

EULALIA SOLÁ, EMILIA PRIETO, YOLANDA OREAMUNO, OSCAR BARAHONA STREBER, LUIS F. MAYORGA P., JOAQUÍN GUTIÉRREZ

(Apdo. Correos: Letra X)

sino solamente latinas como Francia y aun Italia, el que logra conseguir autoridad, posición, influencia, merecida o inmerecida, lo primero que busca es colaboración. Sabe que en negocios y todos los ramos de la actividad humana, el que más se encumbra es el que consigue asociarse con mayor número de humanos. Por eso no llamo yo a nuestro exclusivismo personalista—manifestación de individualismo—y consecuencia de nuestra "tremenda caracterización". Es ferocidad de bereber, de kabileño africano.

El caso de *Repertorio* prueba que nuestro desdén en cooperar es pobreza espiritual y no riqueza. El *Repertorio* no es un experimento. Hace diez y seis años que se publica y no tenemos nada, absolutamente nada, que reprocharle. Nadie ha propuesto una mejora. Todos queremos que siga como es: un mosaico del pensamiento de la raza en lo que va produciendo, cada día, y sólo lo mejor. No recoge chismes literarios, no publica *naditas*, de fronteras para adentro.

Yo desearía, querido don Joaquín, que usted me hiciera el favor de publicar esta carta sin quitar nada. Ya sé que su pudor va a sufrir. Otro defecto nuestro que se ha llamado virtud. ¡Nunca pedir! Rehusar auxilio cuando viene espontáneamente. Pero no pide sólo el mendigo. Hay que reclamar lo que nos toca! Piense que no tendrá perdón si por su excesiva modestia, caballerosidad, generosidad, etc. etc., deja algún día de publicarse el *Repertorio* por faltar don Joaquín o por faltarle plata, como dicen ustedes.

Muy suyo y agradecido,

JOSÉ PIJOÁN

El hijo de don Manuel G. Prada—Alfredo González Prada se llama— ¡ah! si todos los finados ilustres dejaran hijos así, que cuidaran de su memoria—como él lo hace con el suyo—, el hijo de G. P., decíamos, ha sacado en preciosa edición un libro más (verso) de su padre. *Libertarias* se titula. París. 1938.

A ver, cojámosle unas salidas a G. P. en este libro de tanta levadura:

Epigrama

No te deslumbres con trajes
ni con regia compostura:

en los altos personajes
mira el lodo a más altura.

Grafito

De las turbas populares
nada esperes ni te fies:
tienen sueños de marmota
y despertares de tigre.

Innegable

Por conato del hurto de un pañuelo
se pudre en una cárcel Juan Ciruelo;
y por el robo de unos tres millones
habita en un palacio Juan Terrones.

Es innegable que de siervo a rey
impera la igualdad ante la ley.

La ley

Un subprefecto, el coronel Trancazos,
a Jorge le pegó cuatro balazos;
y el juez Garduña le robó a Tomasa
dos mil quinientos soles y una casa.

Luego escriben con mucha seriedad:
La ley protege vida y propiedad.

Para medrar

Está de obispo el clérigo Callejas,
gran corruptor de mozas y de viejas;
y es vocal de la Corte Villaminas,
el ladrón de carneros y gallinas.

Sienta plaza de hipócrita o bribón,
y a todo llegarás en la nación.

Grafito

¿Roba al rico el paupérrimo? Cuestión
de simple y natural restitución.

Epigrama

(Imitación del italiano)

—¿Por qué a sus hijos dan una nodriza
los ricos y los nobles?
—Porque a chupar aprendan desde chicos
la sangre de los pobres.

Epigrama

El millonario
dice al huelguista:
—Basta de huelgas
que ya me esquilmas;
y el elefante
dice a la pulga:
—Anda con tiento,
que me apachurras.

Grafito

Viene el noble del bandido,
y una antigua propiedad
es un robo cometido
en remota antigüedad.

Grafito

Para extirpar los crímenes sociales,
traer la luz y redimir al pueblo,
no quiere el buen Simplicio
revolución de muertes y de incendios.
El pide sólo evolución tranquila,
sin destrucciones, víctimas ni duelos:
pretende el buen Simplicio
hacer tortilla sin quebrar los huevos.

Grafito

Oh sociólogo profundo,
admiración del burgués,
tú que sabes lo imposible,
tú me vas a responder:
—¿Por qué los unos ayunan
y los otros comen bien?
¿Por qué a los unos el bodrio
y a los otros el pastel?

Hágase de un ejemplar de *Libertarias*.
Con el Adr. de este semanario lo consigue, a ₡ 3.00.

Y de paso, digamos en voz alta que el señor González Prada es de los que ayudan, como antes lo pedía el señor Pijoán. Don Alfredo González Prada, de todas las obras que edita de su padre ilustre, nos manda varios ejemplares para la venta, en obsequio al *Repertorio*. Caso ejemplar, el suyo. No sabe él cómo le agradecemos lo que por nosotros hace.

Acusamos recibo de la siguiente carta:

San José, 18 de enero de 1939

Sr Don

Joaquín García M.

Estimado Sr.:

Acabo de leer en el *Repertorio* una anécdota que Ud. dice que Miguel le contó. Creo, que hace Ud. muy mal en respaldar sus palabras con el nombre de una persona que ya no existe, y que por consiguiente no puede afirmarlas, ni negarlas.

Le agradeceré no volver a hacer alusión a la memoria de Miguel en asuntos de esta índole.

CLOTILDE DE OBREGÓN.

Calza del editor del *Rep. Amer.*: Son los gajes del oficio. No bastan ni valen la buena fe y la adhesión a la verdad como normas de conducta. Toda una vida en eso, y al cabo los desengaños no faltan!

La anécdota a que se alude se publicó por vez primera, en el *Rep. Amer.* del sábado 15 de julio de 1933 (Nº 3 del tomo XXVII). Vivía entonces don Miguel, que la aprobó. Don Miguel, maestro preocupado y patriota, sin posturas, fué quien quiso, y no pudo, traer al insigne Eugenio María de Hostos a la Dirección del Liceo de

Costa Rica. Hecho honroso en la memoria de don Miguel Obregón.

También compusimos, deshojadas de una conversación con don M. (quien sabe, enseña; de quien de veras sabe, se aprende; esto es inevitable), y las sacamos en el *Rep. Amer.* del jueves 15 de abril de 1920 (Nº 17 del tomo I), *Algunas notas sobre Don Mauro*, muy interesantes. Don Miguel las aprobó también, ya publicadas; no habríamos podido inventarlas. Contar esto no es para nosotros cosa de mala fe, ni de rehuir responsabilidades, sino mero asunto de probidad intelectual. Pero, seguimos mintiendo.

Contemos también que él nos regaló, y los estimamos como se debe, los tomos I, III y IV de *El Repertorio Americano*, Londres 1826-27, de que fué fundador y director el insigne Dn. Andrés Bello. El *Repertorio* de Bello, completo, lo dejamos en la Biblioteca Nacional; perteneció al finado Marqués de Peralta (Dn. Manuel María).

Cumpliremos los deseos de la Sra., y a don M. O. L. no lo mentaremos más en este semanario.

Entre paréntesis:

(Los finados ilustres están presentes en la memoria y en la conciencia de los ciudadanos despiertos, y participan en las luchas por el progreso de las ideas y de los ideales que en vida amaron y los desvelaron, a medida—cabalmente—que la posteridad evoque—esto es, reviva, revalide—sus dichos y hechos memorables. Esta es la permanente y saludable lección que hace años nos tenemos aprendida).

A ver, démosle vuelta a la hoja y sigamos con las cartas que nos reaniman y nos dan gusto. Son dos profesores en Norte América, los que hablan.

The University of Wisconsin
Madison.

Noviembre 3 de 1938.

Sr. D. Joaquín García Monge

Repertorio Americano

San José, Costa Rica.

Muy distinguido señor:

Con mucho gusto le envío los \$ 5 (dólares) en pago de una suscripción a los tomos XXXVI y XXXI del *Repertorio*.

El *Repertorio* es para mí algo de lo que no podría prescindir.

Su servidor y amigo,

EDUARDO NEALE SILVA

Box 66. Bascom Hall
Madison, Wis., U. S. A.

The University of Illinois
Urbana, Illinois, U. S. A.

3 de Nov. de 1938

Sr. D. Joaquín García Monge

San José

Muy distinguido señor:

Tengo mucho gusto en enviarle mi cheque de \$ 5.00 para reanudar mi suscripción al *Repertorio*. Me aprovecho de la ocasión para felicitarle por la actitud valerosa y digna que continúa siempre en dicha publicación. Especialmente, debería añadir, en estos días tristes cuando hay tanta tentación hacia la transigencia. Es pero que me enviará todos los números atrasados, si los hay, cuando escriba esta carta.

Quedo de usted afmo, s. s.

JOHN VAN HORN.

El Gobierno peruano hostilizó al Embajador Indalecio Prieto en el Norte del Perú

— Envío de Luis E. Heysen. Chiclayo, Perú Norte —

No se ha comentado y conocido todo lo que debiera la actitud descortés de la dictadura del General Benavides para con el ex-Ministro de Defensa Nacional del Gobierno de Azaña que pasaba por la vía del aire en dirección a Santiago de Chile. El político español, como sabemos, se dirigió desde Miami al país del sur con el fin de concurrir a las ceremonias de la transmisión del mando supremo en la República Chilena. Su pasaje por Perú debió ser torzoso. Y era de suponer que por lo menos la Cancillería del Rimac guardase la etiqueta diplomática con un Embajador Especial de tanta resonancia como el señor Prieto. Pero no ha sido así. El Gobierno peruano hostilizó descomedida y visiblemente su paso por las ciudades del norte en donde el movimiento nacional aprista es populoso y en el sur en donde el descontento contra la política fascista crece de día en día. Sólo en Lima y en atención a los fastos de la VIII Conferencia Internacional Americana, Indalecio Prieto pudo respirar y hablar con un poco de tranquilidad, aunque sin dejar de ser observado muy de cerca.

Indalecio Prieto viajaba en un avión NC 189366 pilotado por el hábil aviador norteamericano Mr. Miller. Lo acompañaban miembros de la Embajada Especial, sus hijos don Luis Secretario y la señorita Concha Prieto.

Tan luego llegó el avión a la capital militar del norte del Perú, Chiclayo, ciudad de más de 80 mil almas y con febril movimiento comercial y cultural, la policía organizó cordones que no

dejaron que el señor Prieto hablase con persona alguna. El Prefecto del Departamento, representante del General Benavides, entorpeció brutalmente hasta los menores movimientos del político español, buscando la manera de impedir que éste se pusiera en contacto con el líder aprista ingeniero Heysen, tenazmente perseguido desde hace más de cuatro años. Hubo presos y alboroto. Pero el señor Prieto leyó, a pesar de los atropellos, la siguiente carta del prestigioso político peruano:

Chiclayo (Perú), 19 de diciembre de 1938.

A Indalecio Prieto, Embajador Extraordinario de España en Chile.

Campo de Aterrizaje de la "Panagra".

Grande amigo y compañero! Vencida la primera sensación de sorpresa que esta carta abierta le produzca, al leerla recibirá Vd. el primer saludo aprista de bienvenida a tierra peruana. La transitoriedad de su paso y la clandestinidad que sufro, no son acogedoras ni propicias para el aparte personal. Créame que lo deploro vivamente. Con todo, ni el tránsito ni la persecución serán un infranqueable impedimento para que, con la serena emoción de la lucha, le salude, saludando al valeroso pueblo español cuya heroica resistencia a los moros, italianos y germano-fascistas está ganando la admiración del mundo y la solidaridad de Indoamérica.

Va V. a Chile representando a un Gobierno

legítimamente constituido para asistir al triunfo del derecho sobre la fuerza. Este solo hecho tiene para nosotros los apristas una elocuente significación democrática, y por democrática, antifascista, dejando a un lado la traición y vanidad de los políticos que usurpan poder y glorias...

Empero, hay algo más significativo que es conveniente puntualizar en esta hora, para bien de la justa comprensión y solidaridad de nuestros hermanos. Su paso y su viaje.

Pasa Vd.,—que no es ni conquistador, ni virrey o encomendero, sino un heraldo de libertad y de justicia social que el pueblo hispano envía a los pueblos de Indoamérica—, sufriendo con firmeza, la sañuda ojeriza del Gobierno que lo considera *persona non grata* porque no representa al Perú y sí, a las mismas fuerzas de la reacción que Vd. y nosotros combatimos.

Seguramente, si Vd. no fuera quién es, ya los nietos y bisnietos de los que traicionaron a los próceres de las libertades americanas habrían echado al viento las campanas y batirían palmas con sus manecitas aristocráticas a fin de agradarle y oírle perorar sobre: el *Hispanoamericanismo*, *Hispanoamérica* y la *madre patria*... tópicos y temas éstos, que no pueden llegar a la conciencia indoamericanista de los libres: indios, cholos, mestizos y negros de nuestras tierras, por donde otrora asombrosas obras de irrigación dieron qué decir y qué hacer a los hispanos que las destruyeron.

Sin duda alguna que Vd. también considera un honor aquel *index* de la tiranía que aquí está sirviendo y defendiendo la política antidemocrática de la Internacional Negra del Fascismo. Por lo que hace a nosotros, debo advertírselo, es lo que mejor y más directamente ha hablado al corazón de la peruanidad dentro del cual queda Vd. como

Francisco Zúñiga, pintor y escultor

— De *El Popular*. México, D. F., 3, julio, 1938.—Envío de Arturo Echeverría Loria.

Singular caso en los valores estéticos de América es el de Francisco Zúñiga, pintor y escultor, que ha venido de Costa Rica a México atraído por el llamado movimiento de pintura moderna mexicana.

Es Zúñiga hombre de pocas palabras, pero de grandes expresiones plásticas. En la escultura y en la pintura es excelente artesano que une, que reúne, a sus dotes físicas, una elevada categoría espiritual. De ahí ese elevado producto que es su obra: de una honestidad y de una pureza que lo han podido preservar de los ismos a la moda, llevándolo a la busca de una plástica americana y a un sentimiento de forma y de color que sólo pueden corresponder a América.

Desgraciadamente, toda América es constante a una filiación, el *chambismo*, ismo que ha perdido a la pintura, la literatura, etc. Son siempre los artistas víctimas de la pobreza del medio y sucumben unos por concupiscencia y otros por hambre. Es el *chambismo* el panteón de las juventudes americanas.

Zúñiga es singular por su heroísmo, pues heroico es renunciar a muchos bienes materiales por alcanzar una elevación del espíritu: lo es también porque, venido de Centro América, en lugar de buscar el éxito engañando o afiliándose a las tendencias a la moda, se sitúa en el plano del trabajador desinteresado que

con su trabajo puede dar fruto estético a las masas. A México nos ha llegado también, pseudo artistas, pseudo *surrealistas* hasta de Guatemala. ¿Se puede imaginar lo que será un surrealismo guatemalteco? Pues ni más ni menos que una estafa, si a nosotros, en México cuyo nivel cultural está por encima del de ese país, nos está vedado por honestidad el atacar expresiones de cultura que corresponden a pueblos que lo han hecho todo y que una vez conocidos y recorridos los diferentes caminos de la cultura buscan romper su tradición para tratar de volverse a encontrar en una nueva forma de expresión. A nosotros, pueblos jóvenes que tratamos de asimilar culturas, que por razones de progreso mecánico nos llegan a conocimiento cotidiano, nos toca plantear las bases de una cultura americana buceando, no en el arte popular, no en la anécdota, sino en los valores humanos, denominador común a todos los hombres de la tierra, que nos permitirán crear un arte de América que pueda llegar a ser universal.

Es Zúñiga el que con un acusado dibujo, con un sentimiento amoroso de las formas y con una rica paleta, nos sugiere estas líneas que son el amanecer de la cultura que estamos tratando de crear.

MANUEL RODRIGUEZ LOZANO



(Cuadro de Frco. Zúñiga. Cortesía del Diario de Costa Rica.)

uno de los nuestros en el dolor del hombre que lucha por librarse del hombre lobo del hombre.

Lleva Vd. a Chile y los pueblos que visite el vivo testimonio de la solidaridad de los apristas peruanos, que, como indoamericanos, sienten la herida de España que desciende a las últimas profundidades de su alma colectiva para librarse del yugo fascista, con el mismo afán y denuedo que aquí beligeramos contra el vendepatrismo de los bárbaros. Que su palabra sea de adhesión a la lucha aprista, como lo es la nuestra plena de solidaridad con la Segunda República Española. Esta será su ofrenda y contribución a la causa de la libertad en Indoamérica.

Mientras tanto, le saludo cordial con las palabras expresivas de mi hermandad: "¡Hasta siempre, siempre soldado de libertad en España e Indoamérica!"

LUIS E. HEYSEN

La inutilidad de la medida ha sido demostrada concluyentemente, si es que el Gobierno pretendía impedir comunicaciones entre los prisioneros del pueblo perseguidos y el político español.

Inexcusable y descortés, dictatorial y fuera de tono es, en nuestro concepto, el recibimiento, por mucho que el Gobierno de Benavides haya roto sus relaciones diplomáticas con el gobierno español.

REVISTA DE LAS INDIAS

MENSUAL

A cargo de la ASOCIACION DE ESCRITORES AMERICANOS Y ESPAÑOLES

Director

German Arsiniegas

COMITE DE REDACCION:

B. Sanín Cano, Luis de Zulueta, Tomás Rueda Vargas, Benjamín Carrión, Pablo Abril de Vivero.

SECRETARIO DE REDACCION:

ALBERTO MIRAMON

Apartado 486 — Bogotá, Colombia



(Cuadro de Frco. Zúñiga. Cortesía del Diario de Costa Rica.)

Hostos y Albizu Campos

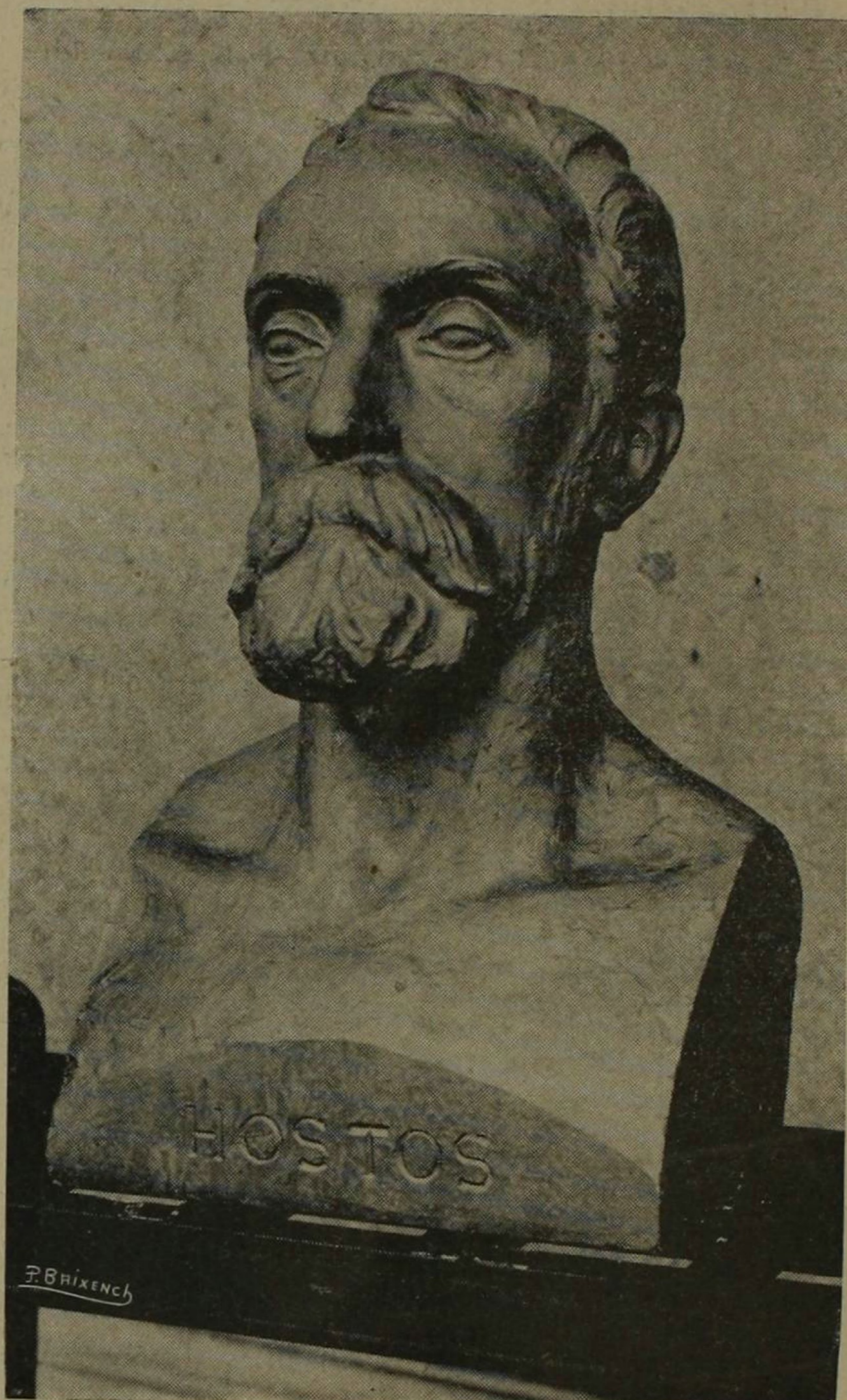
Por MAURICIO MAGDALENO

= De *El Universal*. México, D. F.—Envío de Doña Laura de Albizu Campos. Bronx, N. York. =

Sesenta y cuatro años vivió sobre la tierra Eugenio María de Hostos y, ya muerto, vivirá el resplandor de su vida cuanto sea dable a América vivir y prolongar en sí su aliento, pues insertado en lo más hondo de su placenta está y alimentando al Continente todo con el fluir soberano de su genio.

Fue un injerto portentoso del genio ibérico y el genio americano y; a treinta y cinco años del día en que cerró para siempre los ojos en el regazo festivo de Santo Domingo, la amada Isla que le dio cobijo amoroso y antes había albergado entre las palmeras de Montecristi, a José Martí, aparécenos su humano rastro investido de un conturbado misticismo de redentor. Cara apostólica y tatuada toda por el sello que pone en los grandes el estremecimiento de la grandeza; así le representa la piedra que talló Victorio Macho, el recio español, y que condecora con su palor solemne el jardín de la Universidad de Puerto Rico, a unos cuantos kilómetros de su Mayagüez donde abrió el alma al soplo de su Isla hermosa y esclava. Barbilla incisiva y espesa calzándole la serenísima faz y confundida toda con el blanco mostacho de evidente pergeño hispánico; sin querer, la imaginación trae el recuerdo de Marco Aurelio—noble majestad de paz de cara descansando en barbado plinto oval—y, más cerca, tocándose ya con el puertorriqueño, contemporáneo de él, el de Miguel de Unamuno, el de la breve barba blanca que a haberle conocido habríale soltado alguna gran palabrota efusiva.

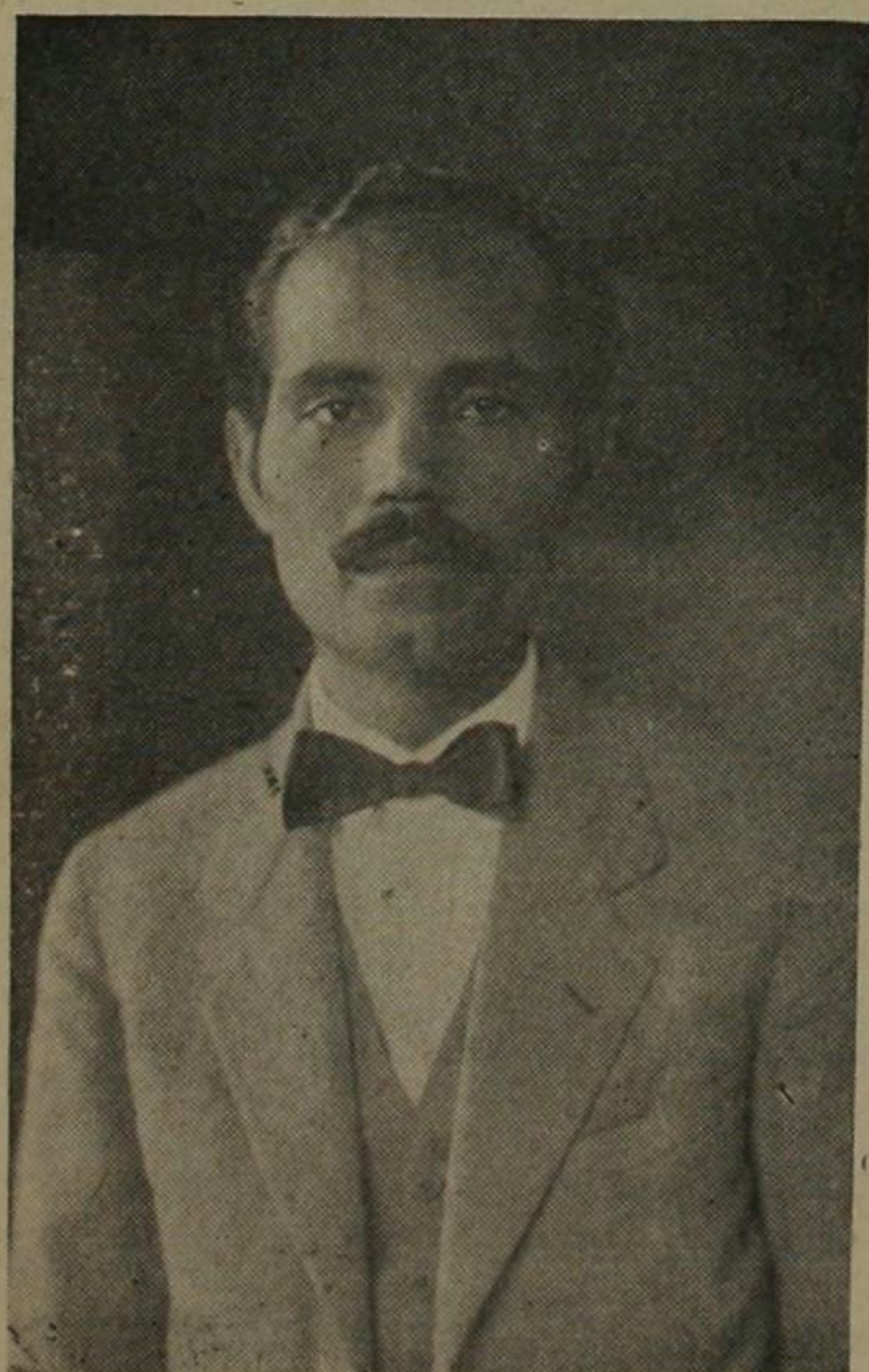
Amigo fue de Benito Pérez Galdós, quien habla en su "Prim" de un "Hostos talentado y corajudo", y de los más prominentes revolucionarios de la España subvertida en Cádiz por el bravo catalán. En el Ateneo de Madrid gritó su hambre de patria libre a la monarquía y luego a la república, una vez que ésta adueñóse del mando y, a su turno traicionó a sus colonias de



Escultura de Victorio Macho

Nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 11 de enero de 1839.

Murió en Santo Domingo, Rep. Dom., el 11 de agosto de 1903.



Pedro Albizu Campos

Jefe del Partido Nacionalista de Puerto Rico.

América y desoyó el clamor de Cuba y Puerto Rico heridos. Fue periodista, escritor, filósofo, sociólogo, moralista, maestro y, por sobre todo y por los cuatro costados y de las vísceras a la médula, un hombre extraordinario. A los veinticuatro años escribe. "La peregrinación de Bayoán", una novela redentora en la que aventó el alma insuflada de coraje contra la iniquidad. Era un sabio de nervioso cuño americano que creía delirantemente en el destino de América y a él consagró el hervor diamantífero de su conmovida existencia. Existencia que podría tener halo, como los de los santos que pintaba el beato Angélico: así fue de cabal, de monumental y de integérrima. Respira todo olor cristiano de pureza, como la de Martí, la de Cecilio Acosta y la de Albizu Campos, el albacea doloroso y magnífico de su ensueño de libertad que hoy tiene el imperialismo encarcelado en la penitenciaría de Atlanta.

Su vida toda resuena, como gravia al viento. Corrió América de las Antillas al Río de la Plata y en todos los focos de su magna patria continental su garrá construyó destino. En Chile fue maestro de la Universidad de Santiago; en Lima escribió para la prensa y desde allí metió mano en todos los sistemas fundamentales de la nación y el decoro de los americanos; en Buenos Aires soñó, frente a la Pampa, el ferrocarril

trasandino; en los álgidos inviernos de cuarzo de Nueva York bramó de ira contra la sordera de España, que no oía su propio derrumbe y por no oírlo mantenía esclavos a Puerto Rico y a Cuba; en Santo Domingo enseñó e ideó la Federación Antillana; en Río de Janeiro padeció entre el pobrerío de la opulenta ciudad; en Caracas, a mitad de un alarido, se le advierte inundado de un sobresalto de noche lunada y se desposa; en Santiago de Cuba, tierra de los Maceos, a la vista de la tragedia de la Guerra de los Diez Años, lloró la suerte de sus veinte pueblos condenados, en un orden u otro, al martirio de su propia forja. Allí donde ponía el pie creaba arquitecturas de prodigio. Sirviendo y civilizando y guerreando, proscrito, se le fue la soberana existencia. Mitre reputó el juicio crítico de Hostos sobre "Hamlet" y Shakespeare superior al de Goethe.

Su "Moral Social" es un vivo testimonio del genio de América, como "La Vorágine" y la carta inspirada de Jamaica y el "Facundo" de Sarmiento. Si ahora nos suena un tanto candorosa, es porque la medimos—¡qué feo medir!—con patrón europeo y no de acuerdo con norma de candor nuestro, americano. Creía en el Bien y su moral es humana y natural y carece de raíz confesional: "La moral—dice—no se funda más que en realidades naturales, y no se nos impone

(Pasa a la página 143)

Blasón

Un andrajo de vida me queda: se perdió en misérrimas luchas lo que era fuerza y flor. Rateros y falsarios hacen explotación de mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor. ¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo! ¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó! Porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...

Lo que no profonaron los demás, lo mejor que me diera el Destino, eso lo manché yo: porque siempre fui débil, instable y porque soy, tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor. Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol, en vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor. Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no, ni me inquieta un instante mi justificación: si por necia o por débil mi vida fracasó y en mi jardín florecen el mal y el error, inútil ya sería saber si he sido yo el culpable, o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido, es que el gusano halló en él propicio ambiente para su corrupción. ¿Fue la obra de un demonio, del azar o de un dios? Es igual...: no revive la flor que se agostó.

Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor, y lo que todavía me resta de ilusión, he de alzar un castillo, y en él, como blasón, en un palo de escoba y hecho un sucio jirón, hará flamear al viento mi enfermo corazón. Y en ese vil andrajo que será mi pendón, escribiré con sangre, menosprecio y rencor, este emblema del hombre que es su propio señor: Para juzgarme, nadie; para acusarme, yo.

ALBERTO MASFERRER



Alberto Masferrer

Madera de L. de A.

El capítulo VI lo dedica al "arte de salir corriendo", que es el medio más elemental de evitar que la casa nos aplaste en caso de terremoto.

Bien quisiera leerlos el capítulo entero, mas no es posible. Sin embargo, apelo a vuestra benevolencia y me permito regalaros con estos párrafos:

"Con seguridad a nadie le ocurrió jamás la idea, menos la obligación de escribir sobre un tema cual este que me toca desarrollar: el arte de salir corriendo. Se necesitaba ser muy miedoso y además un tanto loco, para imaginarse que en el acto instintivo, y no muy elegante, de echarse a correr, podía esconderse una filosofía, una norma de conducta y hasta una virtud."

"Así es, sin embargo, y hasta se me antoja que al andar de los tiempos, este descubrimiento mío, que yo aplico únicamente a la defensa contra los terremotos, se hallará ser una verdad fecunda, trascendental, capaz de aplicaciones infinitas; una levadura que dará sabor y textura nuevos a la moral y a la ciencia, al trabajo y a la política."

"Como todas las grandes invenciones, que acaban por atribuírsele a un descubridor único, ésta contó con numerosos precursores: el instinto de las multitudes había presentado la ganancia de la fuga y había expresado su presentimiento en diversos refranes, de los cuales estos dos, son gráficos: "ojos que no ven, corazón que no siente", medicina para todos los males del sentimiento, y "poner tierra de por medio", infalible contra una infinidad de dolencias, especialmente las de carácter financiero, en su forma aguda. Entre los grandes políticos de la Historia, hubo quienes, como En-

Masferrer humorista

Por JOSE M. PERALTA

= Del folleto del mismo título. Setiembre de 1933. San Salvador, C. A.—Confidencia (que no damos completa). La dictó en la Universidad de S. Salvador =

(Concluye. Véase la entrega pasada)

rique IV, debieron la mayor parte de sus éxitos al talento de huir a tiempo, y en estos días, los Imperios Centrales acaban de mostrarnos cómo una derrota definitiva y total se puede convertir en una semi-victoria, en una paz bastante aceptable, con sólo tener miedo en el instante preciso."

"Quede, pues, sentado que en la frase "tomar las de Villadiego", entendida generalmente como despreciativa, puede esconderse, y se esconde una profunda filosofía, una regla de prudencia, una seguridad de éxito".

"La religión, en fin, nos enseña que el principio y el resumen de toda sabiduría se halla en el temor de Dios. Delante de Dios, nada de bravatas, ni de argumentos, ni de citas científicas, ni de sismología; si Dios se nos muestra irritado y nos patentiza su cólera en forma de terremoto, a causa de nuestra sempiterna bellaquería, lo prudente, lo cristiano, lo provechoso, no será quedarse ahí esperanzados en el microsismógrafo, mientras la casa se derrumba y nos mata, sino echar a correr a toda vela, con todas nuestras piernas, arrojando de nosotros durante la carrera, la costumbre de escribir mentiras, de hacer pan de bicarbonato, de sacar aguardiente, de vivir del póker y del cuchumbo; de no remunerar debidamente el trabajo de nadie, así nos maten; de no difamar a los mismos a quienes diariamente les pedimos favores; de no confundir la patria con

nuestro depósito en el Banco; de, de, de, de, de..."

"Pero señor—contesta usted—¿y los mañosos? Si dejas las puertas de par en par ¿no se van a meter los mañosos?"

"La objeción es seria y merece capítulo aparte."

Este "capítulo aparte" con que nos obsequió puntual al día siguiente, es de los más hondos y regocijantes.

No me perdonaría si no os robara otros minutos para que saboréis lo más sustancioso. Hélo aquí:

"La dificultad, pues, consiste en los mañosos. Si no fuera el miedo a los mañosos, no habría inconveniente en dormir con las puertas abiertas."

"Pero, ¿hay mañosos en San Salvador? Si se les pregunta a nuestros detectives, dirán que sí, que hay muchos y muy atrevidos. Si se toman en serio los relatos bombásticos e interminables de algunos diarios, llegará uno a creer que esta ciudad es una ciudad de ladrones, donde si no nos quitan cada noche la sobrefunda de la almohada y la camisa de dormir, es únicamente porque nos guarda una policía más lista que un regimiento de Rocamboles."

"Sin embargo, hay motivos para dudar que así sea. Cuando el terremoto de junio, ha dos años, muchas casas aportilladas gravemente,

quedaron solas, una, dos, tres semanas; sin vigilancia de ningún género; con las sillas, mesas, lavatorios y otros muebles portátiles tirados en los patios; con los tapias enteramente destruidos, de tal manera que no había sino alargar la mano para llevarse algo. Sin embargo, nadie se llevo nada. Por darnos facha, corría la voz de que el Gobierno, para hacer respetar la propiedad, había fusilado a una infinidad de ladrones; y la decepción fué grande en los pueblos, cuando gentes bien informadas que llegaban de San Salvador, aseguraron que no se había podido comprobar un solo caso fusilable y que los mañosos no se habían dignado dar a la policía ni la ocasión de estirar las piernas en una carrera de velocidad."

"Quien haya visto como guardan las gentes en Italia y en Chile sus casas y sus cosas, lo mismo que en otros muchos países de Europa y de América, se reirá al recordar que se habla tanto de ladrones en una ciudad como ésta, donde los patios, en cantidad tan grande, se hallan circundados y defendidos por *acape-tates*, costales viejos, varas de caña brava ya decrépitas, pedazos de latón oxidado y otras defensas similares, tan inexpugnables como éstas. Lo único que podría infundir algún respeto son los *chuchos*; pero como en vez de uno, fuerte y bien cuidado, tienen en cada casa diez y siete descriados y convalecientes, resulta que no se les alcanza a oír los ladridos, y que los mañosos, provistos de sendos *semitones*, en un instante podrían atraerles a todos a su partido."

"No; eso de mañosos en San Salvador, son meras imaginaciones. ¿Para qué habían de robar, exponiéndose a ir a la cárcel, lo que amigablemente se puede obtener, y se obtiene, con sólo pedirlo en las calles, en los parques y en los teatros, a toda hora?"

"Mendigos y pedigüños, sí, a nubadas; adrones, no. Naturalmente, allá muy de tarde en tarde, se presenta algún caso, para que no se oxide la Sección de Pesquisas, y para sacar de apuros a los diaristas, agotados de tanto pensar y discurrir; pero, justamente, esos rarísimos ejemplos confirman la incapacidad del salvadoreño para el robo. Es una inhabilidad tan grande, que no sólo no logran nunca quedarse con lo hurtado, sino que ni siquiera lo ocultan y defienden lo bastante para que se luzcan los detectives."

"Así es la mañosería en San Salvador; a menos que no haya sido el joven primogénito, que se sacó los argollones de oro de mamá, o la gargantilla de coral de la tía Dominga, para venderlos y llevar con el precio una hora de marimba a Juanita."

"Esto en cuanto a la supuesta abundancia de los mañosos y a su habilidad pasmosa. Ahora, en cuanto a la posibilidad de ser robado, haremos otra clase de consideraciones. Luis Lagos, de grata memoria, nos enseñó y demostró en Santiago de Chile, en la Calle Nueva Valdez, donde él fundó y dirigía una casa de pensionistas, esta doctrina que yo profeso desde entonces: "Un ladrón que merezca el nombre de tal, jamás se meterá en una casa en donde no haya nada que robar, ni se robará nada que no pueda serle útil."

"Ahora bien, dos tercios de las casas de San Salvador, se hallan en ese caso: no hay en ellas nada que robar, nada que pueda servir de tentación a un ladrón que se estime."

"Del otro tercio, la mitad son las mansiones de don Ricardo, de don David, de don Emeterio, de don Salvador, de don Ramón y otros demócratas que tienen su dinero en el Banco y no en casa. Lo que tienen en casa es un par de mastines, grandes como toros, capaces de hacer polvo a un mañoso de cada mor-

disco; además, el teléfono, para llamar inmediatamente al Jefe Blanco, y dos pistolas automáticas de esas de a cinco tiros por segundo, para entretener a los mañosos mientras llega el apreciable Jefe."

"La otra mitad se compone de los ciudadanos que guardan en casa, a más de sus interesantes personas, un lazo de mecapalero, o una sartén de freír nuégados, o una batea de lavar, o un violín de aplanchadora, y raramente, muy raramente, alguna boleta del monte-pío, valor de un rebozo o unos zapatos. Suma, veintidós reales, sin contar la persona."

"Los mañosos conocen bien la situación financiera de estas dos categorías de ciudadanos, y se dicen muy justamente: a casa de los primeros no nos conviene entrar, porque hay demasiado; a casa de los segundos, tampoco, porque no hay nada."

"Así, no les queda otro campo de acción que las casas de que hablamos primero: de los dos tercios de familias que, en realidad, no tienen nada que merezca robarse; pero en las cuales hay una infinidad de cosas, de todas edades y estilos, que sus dueños llaman sus bienes, y que estiman y guardan más que a las niñas de los ojos."

El capítulo VIII y último lo dedica a hablarnos de los *chunches* y *telengues*, o sea de esa cantidad enorme de cachivaches que conservamos amorosamente por diversos motivos y a los que tienen particular apego las amas de casa, sean pobres o ricas.

Esta vez habla con las señoras, y entre otras cosas les dice:

"Chunche, chünche. La palabra misma es repulsiva y talepatosa, y una señora como usted, que sin duda es joven, elegante y bonita, no debiera ponerse a riesgo de que sus labios pronunciaran tan vulgar y roñoso vocablo."

"La palabreja esa, lo mismo que la cosa, han nacido, aunque de ello usted no se haya percatado, del egoísmo y de la mezquindad más ascendrados que cabe imaginarnos."

Y para terminar con el jocundo ensayo que tituló Masferrer: *En busca del epicentro*, vais a escuchar la despedida del Maestro:

Escribió esto:

"Señora, lo he reflexionado mejor, y... francamente... no se puede."

"No se puede, y le voy a decir por qué: la serenidad del ánimo, ésa que demuestran los niños cuando encuentran motivos de juego en

los terremotos, y las calandrias, inermes y mínimas, que sueltan el canto apenas entreasoma la Aurora, sin detenerse un instante a pensar en las infinitas fuerzas hostiles de la Naturaleza: la serenidad del ánimo es no sólo una virtud suprema, sino la flor de las virtudes conjuntas. "No se pueden contar—decía Nietzsche—las virtudes que se necesitan para dormir bien." Dormir bien, largamente, profundamente, serenamente, eso quiere decir que no tenemos envidia, ni rencor, ni despecho, ni avaricia, ni concupiscencia, ni odio, ni ambición, ni melancolía, ni pereza, ni gula, ni contaminación ninguna que nos ensombrezca el alma o nos oprima el corazón."

"Para dormir tranquilamente, sin miedo a los mañosos, dejando las puertas abiertas, se necesita por lo menos alguna levadura de virtudes, y si usted tiembla por sus chunches, usted no puede tener esa levadura."

"¿Guarda usted, y cuida y vigila y acrece su tesoro de chunches?"

"Pues acabará usted por amarlos, y su corazón estará en ellos, y no podrá dormir si cree que se los pueden robar. Y para que no se los roben, preferirá cerrar todas las puertas, y exponerse a que la maten los adobes." "Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón."

Masferrer, como otros muchos, se volvió esceptico a fuerza de recibir golpes y desengaños.

En su juventud fué optimista y creyó que con leyes alcanzaríamos la soñada meta. Y allá por los años 95 y 96 se hizo parlamentarista, en unión del maestro Gavidia, Víctor Jerez, José B. Navarro, Alonso Reyes Guerra y otros soñadores.

Años después nos refirió en festivo estilo la odisea de los que intentaron el generoso ensayo.

¿No recordáis el cómico relato que nos hizo de cuando se presentó diputado de la oposición: de su triunfo en las elecciones de la capital y de su oprobiosa derrota en Panchimalco?

Porque fueron los humildes inditos *comecuétanos* los que pusieron el veto al exótico parlamentarismo. "Nada de reformas—dijeron—así estamos bien." (Quizás conocían la fábula de *Las ranas pidiendo Rey*).

¿Qué triste es nuestra historia...! Posteriormente, y de esto hará unos ocho años, un diputado ganadero pidió que se gravara con derechos prohibitivos el queso duro importado.

Masferrer saltó a la palestra defendiendo a

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

los consumidores de queso, que aquí estamos en abrumadora mayoría, y manejando la lógica y la burla con el donaire acostumbrado, infligió una sonada derrota a los queseros *proteccionistas*.

Prometí explicaros el por qué de los frecuentes viajes de Alberto Masferrer y de aquel su continuo retornar al patrio suelo.

Poseído por la más sublime de las inquietudes—el ideal de justicia—Alberto tuvo que huir a menudo de esta tierra de ciegos.

¿Por qué regresaba?

¿Acaso se sentía inadecuado en otras partes...?

Probablemente...

Cierto es que vivió en Chile, en Nicaragua, en Honduras, en Costa Rica y en otros lugares de América, ganando el pan noblemente, con su pluma.

Residió luego en Bélgica y en New York, en muy distintas condiciones...

Lo que por allá vió de novedades en organización social, muy superior a lo nuestro, tampoco podía satisfacerle...: ¡falta tanto!

¿Dominaba en él el amor al terruño y nos lo devolvía la morriña?

Tal vez...

Masferrer amaba a los hombres por igual y a la tierra toda y sus criaturas; pero... siempre sintió predilección por este rincón amable a pesar de ser tan castigado y un amor especial por los infelices parias aquí nacidos y que no tuvieron la dicha de morir cuando eran niños...

Alberto sabía que en su patria hacía falta, y volvía para confortarnos con palabras de esperanza...

La política, las formas de Gobierno, para él fueron cosas secundarias... Su obsesión era el problema social, la consecución de la justicia y como consecuencia el reinado de la paz...

Por otra parte, Masferrer no estaba armado para la lucha moderna, que es combate encarnizado en el que se usan todas las armas, más las ruinas que las nobles, desde la garra y los dientes hasta el veneno y la calumnia...

Como suelen serlo los hombres de intelecto y de valor moral, él era modesto, casi tímido; odiaba la intriga y prefirió sufrir privaciones antes que codearse con aduladores en las antecámaras de los poderosos, o que empuñar el incensario para zahumar figuras ridículas, que no otra cosa fueron los más de nuestros políticos de pacotilla.

Para triunfar, sobre todo en un país extraño, más que méritos hacen falta un espíritu aventurero, mucha audacia y sobre todo no tener ningún escrúpulo: mentir o fingir siempre; prestarse a todo.

Alberto no podía hacer eso: estaba inerme.

El valor que le sobró siempre fué el más noble: el cívico, el del cumplimiento del deber, y desafió a los poderosos y privilegiados con sus prédicas de neocristiano, al pedir justicia para el desvalido y un poco de amor entre los hombres.

Falto, para dicha suya, de las cualidades que distinguen al logrero y al caballero de industria, sólo vió abrirse a su paso las puertas de las redacciones y cenáculos literarios, donde el ayuno suele ser la recompensa del trabajo; pero las puertas doradas de los palacios que habitan los explotadores modernos o las medianías que la Fortuna loca encumbró, permanecieron herméticas.

Verdad es que él no quiso llamar, porque siendo hombre digno no manejó la adulación, ni habría ensuciado sus labios pronunciando un sésamo infamante.

Su altruismo le condujo a veces a la exa-

geración, que no otra cosa fué aquello de *Cabemos, hermano*, tratándose de nuestro país.

Y no es que Masferrer transigiera con el aventurero vulgar, porque todo hombre honrado está en el deber de repudiarlos, como se desprecia al soplón y al espía. Alberto temía hacer excepciones y pedía que nuestras puertas se abrieran para todo el que llamara, sin saber ni averiguar quién era.

Sí...: basta ya. Ha llegado la hora de escoger, o por lo menos de entornar la puerta...

Mas si en aras de un altruismo sin límites

pudo Alberto Masferrer equivocarse en ocasiones, no por ello amenguó su grandeza, que nunca fué tan grande como al escribir, desde el negro abismo del máximo desengaño y casi al borde del sepulcro, aquella magistral imprecación en verso, digna del bronce y que tituló *Blasón*.

Sí...: tuvo razón. "Para juzgarlo, ¡nadie! Para acusarlo... ¡sólo su conciencia!"

¡Su figura de apóstol será más luminosa con el tiempo, y no se borrará del corazón de los salvadoreños que lo tengan bien puesto!

San Salvador, setiembre de 1933.

"Alabar a Carrillo es extraviar a los jóvenes y hacer escuela de tiranía, por más vueltas que se dé a la cosa"

(Tres cartas—inédita la primera, no completa la segunda—y un comentario de Dn. Ricardo Jiménez)

Cartago, enero 2 de 1919

Señor don Custodio Vargas V.

San José

Mi estimado amigo:

Muy reconocido le estoy por su grata del 28; y le deseo muy vivamente un año de toda felicidad.

Me habla Ud. de una conferencia y de la del Sr. González Víquez sobre Carrillo. Admiro a quienes las saben hacer; pero, por mi parte, nunca me he atrevido en ese género de empresa. Mas si yo hiciera una conferencia habría de ser para atacar la leyenda de Carrillo. Conceptúo a don Braulio por uno de los más funestos presidentes de Costa Rica. Veo en su obra, la de un tirano, y nada más. Lo del impulso que él diera al adelanto del país, me parece pura leyenda. Sin él, el país hubiera progresado lo mismo; y sin él, tal vez nos hubiéramos librado de tantas caídas como hemos dado en el camino de la república. Copiar códigos y hacer reglamentos odiosos, no pueden servir de pedestal a ningún gran presidente. Alabar a Carrillo es extraviar a los jóvenes y hacer escuela de tiranía, por más vueltas que se dé a la cosa. No sé cuál haya sido la actitud asumida por Cleto, al juzgar a Carrillo. Dadas las reglas de conducta observadas por Cleto, cuando fue Presidente, supongo que habrá condenado la ambición desenfrenada de don Braulio y sus métodos draconianos; pero si tuvo, además, grandes elogios en otros respectos, yo lo sentiría mucho, porque habría defendido una mala causa, indigna de ser patrocinada por él.

Su afectísimo amigo,

RICARDO JIMÉNEZ

En El Renacimiento, de Cartago, 22 de octubre de 1919, hay una carta de D. Ricardo Jiménez a su Director, de la que sacamos estos párrafos memorables, oportunos ahora. Completa puede hallarse en este semanario, N° 7 del Tomo I, 15 de noviembre de 1919.

...Para servir al país no es preciso tener asiento en el Congreso. Entre las ilusiones que he ido dejando "en los zarzales del camino" está la de que los Gobiernos o Congresos sean la causa o siquiera la levadura de la transformación progresiva de la sociedad. La proposición: tal país, tal gobierno, es cierta; pero la recíproca, tal gobierno, tal país, es falsa. El diputado es la criatura del cuerpo electoral. Su primer interés tiene que ser el conservar la clientela; su mi-

rada ha de estar fija en la reelección; y para conservar influencia ha de tener contentos a los amigos, que no siempre instan a que se les rebajen sus sueldos o se les cancelen sus concesiones o se les echen mayores impuestos o cargas concejiles. Si el cuerpo electoral es de ideas elevadas, si lo que pide es el bien general, el diputado hará política, no de partido, sino nacional y alta; pero si el cuerpo electoral es ignorante, egoísta, localista, si lo que pide cada uno es destinos y privilegios, para que lo que es ley para mí, no sea ley para él, y, pagando como uno, poder retirar en provecho suyo o de su puestecito, sumas como ciento o mil; si eso sucede, el diputado buscará el nivel de sus electores, y su patria grande será el partido a que esté afiliado, y su patria chica, la jurisdicción hasta donde llegue el tañido de la campana de su lugar. El agua corriente no puede estar nunca a mayor altura que el manantial de donde procede. El cuerpo electoral hace los diputados a su imagen y semejanza. Por eso precisa pensar en el cuerpo electoral, antes que en los diputados. No niego que a veces haya en el Congreso hombres eminentes, muy superiores al nivel corriente de sus conciudadanos; pero sí afirmo que, entonces, su influencia es superficial y efímera, casi siempre. Para que ella sea profunda y transformadora es necesario que la opinión general lo inspire, lo sostenga y también, lo contenga, cuando la ocasión se presente. A fines de su administración, el General Guardia convocó una Constituyente. Tuvieron asiento en ella personas muy notables. La figura descolante fue don Julián Volio. El encanto de su palabra aún me dura. Yo era un mozalbete, siempre pendiente en las barras, de sus labios y listo a aplaudir sus golpes de maza, sus lecciones de democracia y sus elocuentes invectivas. Había vivido él en California, y por haber vivido allí, era ferviente admirador de los americanos; y se esforzaba por aclimatar aquí las ideas y prácticas políticas del norte. Nada más loable y nada más necesario. No lo pensó así el General Guardia; y una mañana apareció cerrado, por orden suya, el Salón del Congreso. No se plantó el cartel de *Se alquila*, que Cronwell fijó en el edificio del Parlamento, pero el resultado fue igual. A don Julián lo mandaron a su finca de San Ramón; y en seguida, sin conmoción, todo recobró su pasividad y resignación de antes. ¿Por qué? Porque don Julián iba muy adelante de sus contemporáneos; porque no representaba los deseos vivos y las posibilidades de éstos; porque pretendía lo imposible, esto es, que el muchacho en-

cajinado caminara a la par suya, al compás de sus pasos, como si pudiera dar zancadas de gigante.

Hablando en términos teológicos, para que la sociedad se salve es preciso que cada individuo labre su propia salvación. Cuando esto se obtenga, todo lo demás, incluso el buen gobierno, nos será dado, por añadidura. Lo que importa por ahora, si es que queremos regeneración, y si es que lo queremos del fondo del corazón y no de los dientes para afuera, es trabajar fuera del Congreso y sin preocuparnos mucho de él. De esa manera llegaremos a tener Congresos buenos y eficientes. Es la tesis de mi amigo Tovar.

Pronto hará un siglo del gobierno de don Braulio, gobernante del género Bonaparte: un cerebro de gran administrador, servido por una mano férrea, que hace añicos, sin escrúpulos, toda resistencia. Le debemos el prototipo de los gobiernos de fuerza, en Costa Rica; y, a un siglo de distancia, acabamos de tener otro, que le hace *pendant*. Como salimos de las manos de don Braulio, así estamos. Carrillo puso fuera de la ley a don Joaquín Mora. Cayó Carrillo, y el gobierno posterior de Alfaro, enemigo de Carrillo, puso fuera de la ley a todo aquel que alzase la voz, desconociendo al Gobierno. Don Braulio se indignó contra Alfaro y su Ministro, porque autorizaban el asesinato. Otro pudo indignarse, no don Braulio. Pero esto hace poco al caso. Lo que importa es que distintos los gobernantes e iguales los procedimientos. Variaron los Jefes del Estado, pero como el pueblo no había variado, como los costarricenses seguían siendo los mismos, el gobierno de fuerza que es el que da espontáneamente la tierra como da el chirrít, el jalacate y el tuete, perduró y lo hemos visto, entonces y después, por largas temporadas, lozano y floreciente, hasta en nuestros días. Se arranca, se vuelcan hacia el sol sus raíces, y lo cree uno exterminado. Pues nada; viene una lluvia propicia y resurge con más vicio que nunca. Hay que cambiar a los gobernantes, siempre es bueno; pero sobre todo, hay que cambiar a los gobernados. La herida ha de sanar de adentro para afuera; y si no, cierra en falso. Estas son mis ideas de viejo; y por eso no hago cola a la puerta del Congreso, y menos codeo a nadie, para cogerle la delantera.

San José, Costa Rica, entero 12, 1939.

Señor don Ricardo González Ruiz,

Cataño, Puerto Rico.

Señor mío:

Le acuso recibo del obsequio de su interesante libro *Alerta*; y le envío mis agradecimientos. Es una formidable acusación fiscal contra muchas de las llamadas democracias iberoamericanas. No querrá yo ser vocal del jurado que la fallara. En su libro Costa Rica sale bien librada. Me parece que demasiado bien librada. Se lo agradezco como costarricense. La emprende usted—y hace bien—contra la mentira convencional, como priva en estos pueblos, acerca de que se goza de instituciones libres y democráticas. Con mentiras y lirismos ni se eleva el nivel del bienestar social, ni menos se fabrican y mantienen efectivas libertades. En la Conferencia de Lima se habló mucho sobre lo peligroso del trasplante de los métodos soviéticos, nazis y fascistas a nuestros suelos. En aquella oratoria hay mucho de *bunk*. Comprendo que hay numerosas razones de peso, decisivas, para que las veinte naciones del continente que no hablan inglés hagan causa común con la anglo-americana; pero entre esas buenas razones no hay para qué incluir la de mantener en salvo la democracia, de que habló Wilson. Para mantener hay que tener, y ambas cosas no son lo mismo. Un columnista del *Times*

de Chicago, refiriéndose a la Conferencia de Lima, dice: "De las 21 democracias representadas en la Conferencia sólo nueve—Estados Unidos, Chile, Argentina, Colombia, Costa Rica, México, Nicaragua, Panamá y Uruguay—pueden ser definidas como Estados de gobierno popular... Las solas cosas que las 21 naciones tienen de común es estar situadas en el mismo hemisferio y su ansiedad por buscar una protección contra los crecientes disturbios en el otro lado del mundo". Si el escritor hubiera hecho unos pocos recortes en su lista de las nueve democracias: y si a la frase "ansiedad por buscar una protección contra los crecientes disturbios en el otro lado del mundo" le hubiera agregado el complemento: "que pueden poner en riesgo la independencia o seguridad de cada una", mi adhesión al juicio del columnista del *Times* sería dada sin reservas. Desgraciadamente, nos asustan las conquistas de europeos y sobre todo, de japoneses—y con razón—, pero las dictaduras nos dejen, a casi todos, resignados, y aun hay muchos que las consideran buenas e imprescindibles. Desde los tiempos de la conquista y a pesar de la independencia alcanzada en el siglo XIX, han venido estos desdichados países, con pasajeras intermitencias, viviendo en pleno régimen hitleriano o mussolinesco. A la cosa se le ha dado otro nombre. Eso es todo. Antaño a lo que ahora llamamos influencia, usando un italianismo, le decían aquí *rempujón*, y luego, *trancazo*, y después, *gripe*, valiéndose de un galicismo, y, por último, *influenza*. Han cambiado las denominaciones, pero la enfermedad es la misma y endémica. A Costa Rica, bien entrado el siglo XIX, la gobernó dictatorialmente don Braulio Carrillo. No usó el nombre de Fuehrer, sino el de Jefe Supremo, pero fue Fuehrer en toda la extensión del vocablo. Se declaró Jefe Supremo de por vida; todos los demás funcionarios estaban sujetos a ser removidos, menos él. Promulgó, por sí y ante sí, la Constitución política del país, a la que dió el inesperado y trágico nombre de *Ley de Bases y Garantía*. Ni Hitler ni Mussolini, en cuanto a poderes omnímodos habrían podido envidiarle nada. Ha trascurrido casi un siglo y don Braulio es tenido por uno de nuestros grandes presidentes, cuando no el más grande, y goza de inmensa popularidad. En muchos de estos países, la democracia no es una realidad, sino un posible devenir,

algo como la venida del Mesías, que no llega.

Usted va contra los eufemismos, y, no pagándose de palabras, quiere democracias, pero no de oropel, sino de verdad, y en las cuales quepa repetir, a toda hora, el postulado de Jefferson: la autoridad de los gobiernos se asienta en la libre voluntad de los gobernados.

Su libro tiene en mira principalmente el discutido problema de la independencia de Puerto Rico. ¿Estarían, sí o no, los ultranacionalistas portorriqueños ilusionados como el perro de la fábula, que al cruzar el río, soltó la presa que llevaba en el hocico por también agarrar la que aparecía en el cristal de la corriente? Su libro proporciona para la discusión del arduo problema una valiosa contribución. También será lectura provechosa en los otros países iberoamericanos; en los unos, para consolidar y mejorar el régimen democrático de que gocen; y en los rezagados, para dar nuevos bríos y elementos de combate a las minorías democráticas que no creen en las decantadas maravillas de la taumaturgia de los gobiernos fuertes y providenciales, y que pugnan por que las prometidas garantías constitucionales y los principios democráticos dejen de ser mera música celestial. Su libro, en esos países rezagados merece, más que en los otros, honda meditación. En ellos, que lejanas y desvanecidas se oyen las voces del patriota americano Patrick Henry, del siglo XVIII, "dadme libertad o dadme la muerte".

Tal vez usted en sus juicios se deja llevar demasiado por la austeridad de sus convicciones; pero en estos asuntos, de tanto momento, para ser oído, no es malo alzar la voz.

Su atento y seguro servidor,

RICARDO JIMÉNEZ

(De *La Tribuna*, 17, enero de 1939)

—Al referirme a don Braulio Carrillo como gobernante, en esta ocasión como en todas las otras en que pública o privadamente he tenido que hacerlo, jamás he dejado de reconocer muchas dotes suyas que lo hacen un hombre destacado realmente en nuestra historia. Sé que era trabajador, que era probo, que obraba pensando de buena fe que hacía el bien del país. Pero si reconozco estos méritos, no he dejado de mirar sus defectos, sobre todo el que lo llevó a mandar como un dictador; y por convicción profunda de mi espíritu yo censuro el gobierno dictatorial, porque pesa sobre el derecho a ser y vivir libres que tienen todos los hombres. No hay tal inquina contra Carrillo sino natural oposición a la mano fuerte del mandatario que para gobernar como él quiere sin consulta ni respeto a la opinión pública, hace caso omiso de su condición de servidor del país para convertirse en su mandón. No creo tampoco que pudiera justificarse lo de Carrillo como producto del tiempo; si, según el mismo comentarista, las condiciones políticas del país son ahora las mismas de la época de Carrillo, nada justificaría entonces una dictadura en su tiempo como nada la justificaría hoy. Pero añadamos otros conceptos: cuando Carrillo surgió a la vida pública nacional en el plano destacado en que actuó, ya la filosofía liberal era el pan de los espíritus cultos del mundo; ya había pasado la revolución francesa, ya se conocía a los enciclopedistas, ya había tenido lugar la revolución norteamericana alentada por el espíritu de la libertad y de la democracia, ya en la América del Sur era moneda corriente hablar del gobierno popular y condenar las cadenas. La misma revolución de 1830, la de julio, había tenido lugar marcando un rumbo hacia la liberalidad política en Francia, y los espíritus del nuevo mundo, los más avanzados, se abrevaron en las fuentes francesas; el propio don Braulio hacía adoptar el código de Napoleón, con lo que

**CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL**

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente".**

prueba su inclinación por las modas de ese país. Es más: Carrillo fue el producto del primer golpe de estado, el que abrió la serie de cuartelazos que hemos padecido en nuestra República. Ya en eso lleva un pecado original. Pero bien, un día llegó a nuestras playas el General Morazán. Si Carrillo hubiera tenido para nuestro pueblo las proporciones que se le dan ahora, es probable que los costarricenses hubieran defendido a Carrillo contra Morazán; que algunos hubieran muerto por mantener el régimen. No pasó eso; las tropas se pasaron al lado de Morazán, pero no solamente las tropas; las crónicas dicen que Morazán fue recibido con entusiasmo, casi como un libertador, por el pueblo. Luego Morazán se hizo impopular; ese mismo pueblo que no defendió a Carrillo contra el General, que venía con un puñado de hombres, se levantó contra Morazán Presidente y lo derrocó. Pero no

para llamar a Carrillo, lo que prueba que no lo consideraba el mejor de sus hombres para el gobierno de la República. Se cita a Bolívar para justificar la dureza de la dictadura de don Braulio; pero debe recordarse siempre el hecho de que el Libertador, cuando se trató de ofrecerle una corona dijo que ni Colombia era Francia, ni él era Napoleón, con lo que significaba su apego a la República y su ideal libertario. No fue rey, siguió siendo lo que había sido, el Libertador, y con ese título habrá de convenirse que ya había hecho por su gran patria americana una obra excelsa. No parece, pues, justificarse la dictadura de Carrillo con su obra, pues no podemos verla del tamaño que la presentan algunos panegiristas suyos. Se habla del código que adoptó y yo pienso que eso no significó realmente un impulso tan fuerte de progreso a nuestras instituciones como para merecer des-

medidas loas; encuentro que la organización del registro de la propiedad, y la codificación hecha en tiempos de don Próspero y de don Bernardo, cuando se implantaron profundas reformas como la libertad de testar, el divorcio y otras más, son obra de mayor trascendencia en la organización social de nuestra vida, y a nadie se le ha ocurrido que por ella merezcan estatuas los que las realizaron o las impulsaron. En resumen, no desconozco los méritos grandes de don Braulio como hombre probo, dotado de buen deseo hacia su patria y de hombre tan de trabajo que dicen que se pasaba en mangas de camisa en su despacho. Pero pienso que no debía ser presentado a nuestro pueblo y mucho menos a nuestra juventud, como el tipo del gobernante, como el ejemplo; no es buen ejemplo para los pueblos la figura de un dictador.

(De La Tribuna, 19, enero, 1939).

Noticia de libros

= Colaboraciones =

(Índice y registro de las publicaciones que se reciben de los Autores y de las Casas editoras

Arausi, novela histórica, por Diego Povedano. San José, Costa Rica.

Vino a mí este libro cuando mis ocupaciones eran muchas y cuando de los cabellos del destino se descolgaban sobre mí unos tras otros los días oscuros.

Lo abro ahora por la segunda vez. Es una historia de amor y de sacrificio y de triunfo del amor. Se presenta aquí la fuerza del destino que junta dos seres de diferentes razas para cumplir un decreto de la Hora de los Hados. Nace el héroe entre los güetares de Costa Rica; la heroína, entre los nahuas de Yucatán.

El, Surabta, joven caudillo entre los güetares, yendo de caza, encuentra moribunda en la selva a una joven, a quien él y sus secuaces salvan transportándola al pueblo de Surabta, a Aoyac. Recupera la salud. Aprende la lengua de los terbis; se hace amar de todos, y reconocida la superioridad de su inteligencia y su saber, sométese la casta de los guerreros a su dirección. El desarrollo de los sucesos empuja, a Surabta y a Arausi—nombre que los terbis dieron a la bella extranjera—hacia el norte, entre los nahuas de Palemke donde Arausi es reconocida con el nombre de Xochiquetzalli.

Aquí en Palemke el sacerdocio y la nobleza antiguos, aunque vencidos, intrigan contra el rey vencedor que ha desterrado de los altares los sanguinarios dioses de los sacrificios humanos. Surabta y Xochiquetzalli parecen destinados a ser el holocausto propiciatorio que el sacerdocio consagrará a las deidades airadas.

Nacón, el iniciador de Xochiquetzalli, vela por ellos y mediante la ayuda fiel de los compañeros teberos que vinieron con Surabta, triunfaron de las pruebas dolorosas a que les sometió la enemistad sacerdotal. A despecho de las cabalas palatinas y templarias, alcanzan su dicha los amantes.

El interés de la novela se sostiene. La arqueología se viste de actualidad y de color. Las ideas circulan con holgura. Pero si se exceptúa Arausi, la novela no ofrece desarrollo de caracteres. Los individuos representan las fuerzas de la vida moral: o sirven las fuerzas del mal, o se afilian con las del bien.

Conoce el autor las instituciones y las ceremonias religiosas de la vieja civilización nahua lo mismo que las costumbres, la cocina, la indumentaria, los deportes, la estrategia, las instituciones sociales. Su lectura de los historiadores indianistas es considerable. Y por encima de esto, y tan importante, quizás, es el tratamiento que ha dado a la oposición entre las artes del sacerdocio y la ciencia de la iniciación. El iniciado Nacón hace uso de la psicometría tanto como de la sugestión a distancia. Es hombre que trabaja con las fuerzas sutiles de la naturaleza humana.

En alguna página, al discutir la princesa Huitzillin la diferencia entre la simpatía y el amor, se nos viene a la memoria alguno de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo.

A veces las explicaciones acerca de gobierno y administración de estas naciones parecen interpoladas, no manan de los sucesos novelados, y aunque ilustran, ofrecen el aspecto de ingertos no bien logrados. El momento elegido por el autor para su historia es el de la abolición de los sacrificios humanos, en torno de lo cual se va hilvanando la hebra de dos destinos que en amorosa conjunción concluyen.

La edición está ilustrada con algunos bellos grabados, como el

retrato del cacique Xauquen, el retrato de Arausi, la fiesta de la cabeza y la princesa Huitzillin, debidos al talento artístico de don Tomás Povedano, padre del autor.

R. BRENES MESÉN

Evansston, Illinois, diciembre de 1938.

Una opinión de la Sra. de Sotela sobre Jicaral, de Joaquín Gutiérrez.

= Envío de Rogelio Sotela =

San José, C. R., Enero 20 de 1939.

Jicaral. Jicaral rebosando de alma. Espuma blanca que esconde bebida que sabe a lágrimas.

Colaboraron en su impresión: Francisco Barberena, Armando Arguedas, Manuel Salazar, Guillermo Barquero, Carlos G. Soto G. y Guillermo Porras.

Veintiséis hojas en un haz, conteniendo dolor recóndito. *Habla España* y arranca lágrimas!...

Y en boca de la lechuza el dolor humano muerde en *El Delirio*; y el cinismo de los hombres arde en el pájaro agorero.

En un *Canto a la Vida Nueva* el alma del poeta rompe los diques y se desborda entera y ¡canta al trabajo!

y al músculo

y a la pala y al pico

y se siente "impelido a cantar a las fuerzas, que destruyen lo añejo y retoñan hirsutas".

Y en un grito largo... largo... lanzado a lo largo del futuro, el alma clama por su boca humana: *Hijos*

gérmenes frágiles,

flores y savia.

Sus ojos asombrados de las cosas...

Futuros hijos por quienes llevo

heladas cicatrices.

En la roca, yo planto mis pies de arcilla agria

y le grito al abismo

y a los bosques

y al incendio:

"yo quiero que haya hijos

con las frentes tan altas

que los duerma el rocío de las estrellas !

Así habla su alma de siglos por su boca joven.

Después, en *El Dolor* crece nuestro dolor por los *anónimos inmortales* "y gotea la sangre poco a poco".

Pero el Dolor, que es dón celeste en el alma de este poeta, se vacía todo entero en el *Responso a Federico García Lorca* y en un espasmo clama:

quiero morderme las manos
cuando recuerdo tu muerte!

Y la ironía que sangra! como en *El Miliciano* nos deja el alma azotada por una racha helada; y nos hace abismarnos de nuevo en *El Rebozo*.

Y como la voz de Jokanán, oímos en *Llamamiento* un grito de esperanza...

Y después de abreviar, saboreando, el zumo amargo, *Jicaral* nos da su espuma en *Remembranzas*; en la transparencia de unos ojos y la suficiencia colegiala, batiendo un aire de mangos y de *jocotes robados*.

Y los pitos de poró y el boyero y el totero y el trapiche y XV acuarelas, todo con pinceladas del sol o con platas de la luna... y *El zacate* nos brinda

*El verdor hecho jugo,
tallos tiernos,
hojas tiernas;*

*Y la teja colorada
con su peluca de musgo
y su manojo de guarías.
En la casita azul
pone una gorra ondulada
y con cascotes de botellas
hace equilibrio en la tapia.*

Y nos reserva el *Jicaral* un sorbo de clasicismo redivivo en *Campesetre* dejándonos un panorama en los ojos, donde estarían en su marco Dafnis y Cloe.

Jicaral rebotando de alma es este libro de Joaquín Gutiérrez, iluminado, realmente iluminado por el lápiz de Manuel de la Cruz González.

Y por último el *Frío* nos azota con su *corbatón de escarcha* y nos deja el paladar jugoso, con un sabor de nieve que se derrite en la boca.

AMALIA DE SOTELA

San José de Costa Rica, enero 20 de 1939

Un juicio de Sanín Cano sobre la Apología del Dolor.

B. Sanín Cano
Apartado 1620

Señor Don Rogelio Sotela,
San José.

Distinguido amigo:

Le doy las gracias por el envío de su nutrido folleto de pensa-

La editorial *Ercilla*, en Santiago de Chile, prosigue en su meritísima labor. Ultimamente nos ha remitido estos libros:

Ángel Ossorio: *Agua pasada* (Posición en la guerra de un hombre de paz). Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Pablo Neruda: *Residencia en la tierra*. I. 1925-1931. Tercera edición. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Paul de Kruif: *Los hombres que derrotan a la muerte*. (Mens against death). Traducción de María Romero. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Luis Alberto Sánchez: *Dialéctica y Determinismo*. La Revolución y el Individuo. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Eduardo Hamilton: *Tienen derecho a vivir...* Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

El problema: Salario. Habitación. Propiedad obrera. Injusticia social.

El Sr. Hamilton es Prof. auxiliar de Filosofía del Derecho en la Universidad Católica de Chile. Hay que oírlo, estudiarlo en este libro; por su boca habla la Justicia.

Guillermo Viviani C.: *La Palabra de Cristo*. Glosas sociales sobre los Evangelios de los días domingos y festivos. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Sumario: Juan Bautista, antítesis del hombre moderno. La vida privada de Jesús. La predicación del Reino de Dios. Las Pará-

bolas de Cristo. Los milagros de Jesús. Las profecías del Señor. La última Cena. La muerte de Jesús. Otros hechos notables de la vida de Cristo.

Anton Zischka: *Japón en el mundo*. La expansión japonesa desde 1854. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Carlos d'Eschevannes: *La maravillosa historia de Merlín el Encantador*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Stefan Zweig: *Nuevos momentos estelares de la humanidad*. Versión castellana de Alfredo Cahn. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Josefina Marpons: *La mujer en el trabajo*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Roland Dorgells: *Europa amenazada* (Frontiers. Menaces sur l'Europe). Traducción de Inés Cané Fontecilla. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Pierre Borel: *San Francisco de Asís*. Traducido de Gonzalo San Martín. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Maurice Bedel: *El Señor Hitler* (Monsieur Hitler). Trad. de Inés Cané Fontecilla. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Otras ediciones que nos llegan y nos dan gusto y provecho: las *Ediciones Imán*, en Buenos

mientos sobre el dolor. Lo he leído con intensa emoción. En época reciente de mi vida fui probado por ese agente del destino que me dejó solo en el mundo.

Usted halla consuelo en una profunda filosofía. A otros aun ese consuelo nos fue negado.

Lo abraza cordialmente

B. SANÍN CANO

Dos apreciaciones de Gabriela Mistral.

Querido amigo Félix Lizaso: Muchos y vivos agradecimientos por la *Pasión de Martí*. Mucho me ha gustado allí—entre tantas cosas buenas—la manera libre de tratar la biografía, sin caer en la servidumbre de la cronología y "el tiempo trepado jalón a jalón". Lo importante es, en el caso, desnudar el alma todo lo que se pueda a través de los sucesos. Hay hallazgos suyos a cada página, aperçus del hombre que, aunque parezca tan claro, qué de vericuetos se trae! Me duele—ojalá Vd. exagere—eso de que no se conoce bien a Martí en la Isla. Me gusta mucho su versión del romanticismo de Martí. Y aquella faena que inicia Vd. por ver en claro cuál era la filosofía de nuestro hombre. Había que hacer publicar capítulos del libro en *Rev. del Sur*, *Atenea* en Chile, *Nosotros* en Bs. Aires, etc. Porque Vds. distribuyen mal sus libros y es preciso que su "operación" sobre Martí, tan feliz y tan eficaz, sea bien aprovechada por nuestra gente.

Le felicito y vuelvo a prometerle para más tarde el comentario de su *Epistolario*, que es cosa bien suya.

Reciba la buena amistad de

GABRIELA

Buen amigo José R. Castro:

Gracias por su fina carta, y más aún por sus libros. Me gusta su poesía especialmente en *Canciones del Atlántico*, donde el verso es muy suelto, naturalísimo y fuerte.

La poesía le consuela de la fealdad de Nuestra América aquí y allá manchada de la eterna militaridad. Algún día seremos gente feliz; pero yo me temo que entonces no vivamos ni usted ni yo. Tenemos enfermedad que parece salir de los volcanes mismos de aquel suelo tropical.

Tiene usted en su poesía sincera quien le conforte y quien lo salve a la larga. Porque de veras es sobrenatural la poesía.

Un saludo cariñoso de

GABRIELA MISTRAL

Aires. Hemos recibido en estos días las obras que siguen:

Victor Serge: *De Lenin a Stalin*. Traducción del francés, de Juana Palma. Nota biográfica por Antonio Gallo. Ediciones *Imán*. Buenos Aires. 1938.

George Fink: *Tengo hambre*. Novela. Trad. del alemán por Gustavo Adler. Ediciones *Imán*. 1938. Buenos Aires.

Rudolf Rocker: *Extranjeros en España*. Trad. directa del alemán de H. Rudiger. Ediciones *Imán*. Buenos Aires. 1938.

Con un *Informe documental* del diputado escocés John Mac Govern.

Nos llegan estas novelas brasileñas:

Judith Ribeiro: *Flores de Luxo*. (Romance). 1936. Sao Paulo.

Envío de la autora. Señas: Al. Ribeiro da Silva 180. S. Paulo. Brasil.

Fran Martins: *Poco dos paus*. Romance. 1938. Edesio, editor.

Envío del autor. Señas: Imprensa Oficial. Fortaleza-Ceará. Brasil.

Nos recuerda con afecto V. G. C. y nos remite este folleto:

Ventura García Calderón: *Ricardo Palma*. París. 1938.

Señas del autor: 229, Chaussée de Vieuergat. Bruxelles. Belgique.

Erase una vez...

(Viene de la página final)

ven rápidamente, y mira a la niñera para que le explique este fenómeno; pero ella no dice esta boca es mía.

De repente oye un fuerte pataleo, acércase a paso lento un destacamento de soldados; tienen caras amenazadoras y palos en las manos. Grischa, aterrorizado, levanta los ojos hacia la niñera para ver si el peligro es grande. Pero la niñera no corre ni llora. Esto quiere decir que no hay tal peligro. Grischa sigue a los soldados con los ojos y procura dar pasos lentos como ellos.

Dos grandes gatos atraviesan la alameda; tienen hocicos largos, llevan la lengua fuera y la cola levantada. Grischa cree que hay que seguirles y corre detrás de ellos.

—¡Para!—grita rudamente la niñera, cogiéndole por los hombros—. ¿Dónde vas? ¿Quién te ha permitido correr?

Pasan delante de una niñera que está sentada con un cestito lleno de naranjas. Grischa coge una y quiere seguir su camino.

—¿Qué haces?—exclama su compañera; le arranca la naranja y le da un golpe en las manos.

—¡Estúpido!

Ahora Grischa ve en el suelo un pedacito de cristal; lo cogería con gusto. El cristalito brilla como la mariposa. Pero lo deja por temor de que vuelvan a pegarle.

—¡Hola! ¿Qué tal?—dice de pronto una voz

por encima de Grischa, y el niño ve un hombre alto con botones relucientes.

Con gran satisfacción suya ve que la niñera se para, le da la mano al hombre y se quedan conversando. La luz del sol, el ruido de los coches, los caballos, los botones relucientes, todo es tan nuevo, extraordinario y hermoso, que Grischa está lleno de alegría y ríe.

—¡Vamos, vamos!—grita tirando al hombre alto por los faldones de su abrigo.

—¿A dónde?—le pregunta el hombre.

—¡Vamos!—insiste Grischa.

Quisiera decir que desearía coger de camino a mamá, papá y la gata; pero su lengua no lo sabe articular.

Al cabo de un rato la niñera se marcha de la alameda y entra en un gran patio lleno de nieve y oscuro. El hombre de los botones relucientes viene con ellos. Los tres atraviesan el patio y suben por una escalera negra. La puerta se abre y entran en un cuarto. Hay mucho humo; huele a guisado. Una mujer fríe algo en el hogar. La cocinera y la niñera se abrazan, se sientan en un banco y hablan con el hombre. Grischa, envuelto en su ropa de pieles, se sofoca de calor.

—¿Por qué será?—piensa, y mira el techo negro, el hogar, las paredes oscuras.

—¡Ma-a-má—grita lloriqueando.

—¡Calla!—chilla la niñera.

La cocinera pone en la mesa una botella, tres copas y un gran pastel. Las dos mujeres y el

hombre de los botones relucientes beben varias copas, brindan, cantan, y el hombre abraza una u otra de sus compañeras.

Grischa alarga la mano hacia el pastel y le dan un pedacito. Lo come, y sigue con los ojos a la niñera, que bebe... Tiene sed.

—¡Dame! ¡Dame!—le pide.

La cocinera le da un sorbo de su copa. Siente algo que le abrasa la boca; abre los ojos desmesuradamente, mueve los brazos. La cocinera le contempla, riéndose...

De regreso a su casa, Grischa le cuenta a mamá, a las paredes, a la cama, dónde ha estado y lo que ha visto. Habla más con las manos y la cara que con la lengua. Enseña cómo brilla el sol, cómo corren los caballos, qué hogar tan grande hay allí, qué temeroso está aquel cuarto y cómo bebe la cocinera...

De noche no puede dormir. Los soldados con sus palos, los grandes gatos, los caballos, el cesto de naranjas, el cristalito, los botones relucientes, todo baila delante de él y le atormenta. Se revuelve de un lado a otro, habla y, por fin, empieza a llorar.

—Tiene calentura—dice mamá tocándole la frente—; ¿de qué será?

—¡Hogar!—llora Grischa—. ¡Hogar, vete!

—Seguramente ha comido demasiado—declara mamá.

Y Grischa, rebosando de las impresiones de la vida nueva que acaba de conocer, recibe de mamá una cucharada llena de aceite de ricino.

ANTÓN CHEJOV

Hostos y Albizu Campos

(Viene de la página 136)

ni gobierna la conciencia sino en cuanto sus preceptos se fundan en realidades naturales". Diría también, con estricto apego a la verdad de su propia vida immaculada: "Mal predica quien mal vive, y mal vive quien mal piensa y quien mal dice". Toda su concepción ética está ahí. Pero los libros no son, en él y para él, sino desdoblamiento del hombre y la vida. Su obra capital y egregia, por ello, es su vida misma, por sobre todas las demás prolongaciones escritas de ella. Para Samuel Guy Inman, el de *Problems in Pan Americanism*, "Hostos es uno de esos genios latinos, que son capaces de una enorme cantidad de trabajo en las más variadas esferas". Rufino Blanco Fombona, el generoso maestro de Venezuela, ha acuñado, en frase redonda como un bolívar, el justo dicho de que Hostos se propuso enseñar a pensar al Continente. Fue una especie de mago que quiso componer, de acuerdo con norma inspirada y de arriba abajo, el mundo—su mundo americano—empezando por la ignominia de su Isla esclava, sumando a su plan la redención de Cuba, abarcando en seguida la suerte toda de su América de habla hispana y rematando en trascendental objetivo regenerador de la conciencia del nuevo orbe. Vivió cual predicó: pobre de franciscana pobreza, apostólico, immaculado, inflexible, profundo. En hondura y seriedad de pensamiento, no le aventaja nadie entre los grandes de América. El mismo tono apagado de su exorbitante ejercicio seña es de intensa calidad moral. Nadie como él despreció y batió, allí donde le encontró, al demagogo, al embaucador, al simulador, al logrero, al pillo disfrazado de pensador o de redentor. El sí que fue un redentor, un filósofo metido a redentor. ¿Para qué, si no, sirve en el mundo la filosofía? Pensar ¿no es redimir?

A treinta y cinco años de su muerte, consagrado y santificado está en el corazón de su Continente. Su Puerto Rico, sin embargo, sigue sien-

do esclavo. Y hombres hambrientos de su misma hambre de libertad luchan contra los opresores y padecen en las mazmorras. Si él viviera, estaría en México, guerreando contra los verdugos de su Isla, o en una penitenciaría de los Estados Unidos; pero no en San Juan, celebrando lado a lado de los invasores de su suelo el grito de Lares. ¿Por qué, entonces, nosotros hemos de celebrar muerto lo que Hostos significó y representó, y en cambio lo condenamos, vivo? Pedro Albizu Campos, José Antonio Corretjer y la legión de bravos del Partido Nacionalista Puertorriqueño no cometen otro crimen sino el que Hostos cometió durante toda su vida y, caído, le coronó de gloria.

También de Albizu Campos háse dicho en su Puerto Rico y allende el fastuoso litoral de su Puerto Rico, que es un santo. Como el Gandhi, se graduó en la mejor Universidad de la Metrópoli soviuzgadora de su patria, conoce como nadie la cultura de sus victimarios y, de retorno entre los suyos, puso su saber—que a haberlo querido él hubiera producido riquezas materiales y pingües obvenciones—al servicio de la causa de su pueblo, que es la misma a la que consagró la existencia Hostos.

Como Hostos, no tiene mácula y es pobre como un anacoreta. Pertenece a la misma familia de Martí, Montalvo y Acosta. Lo más probable es que jamás obtenga el poder y caiga un día, para no levantarse más, sacrificado a su ideal. Su ejemplo es honra viva del Continente. ¡Se homenaja y se festeja a los Hostos y a los Albizu Campos muertos, pero vivos se les mete en la cárcel y se les persigue y se les asesina! Tengo frente a mí un retrato del apóstol de Ponce que hoy yace en la penitenciaría de Atlanta, en tanto el mundo prepara jubileo en honor de Hostos, y el fulgor de esos ojos serenos y hondos que iluminan esa cara que trasmite toda misticismo de poseído, conmueveme y traspá-

same al extremo de sentirme comprometido a arrancar de mí fuerza nueva para con ello revolver corazones y sacar en el puño, triunfador, el sueño doloroso de Albizu Campos.

Me aterra pensar en esa vida de sacrificio que todo lo tiene entregado a la fiebre del ideal. Me imagino a Martí, perseguido por Martínez Campos o Polavieja, hundido en una cruzaja, y miserable, y enfermo, y mi raíz de hombre se me subleva toda y me dice que el deber y la honra están en acudir al lado del profeta, aunque ello me enajene desamores y ponga riesgos a mi paso. ¡Contemplar fríamente la iniquidad es también una forma de cometerla! ¡Campanas de Borinquen, campanas de San Juan, campanas de Ponce, campanas de Lares: Albizu Campos, hijo inusitado de América, purga en atroz cautiverio, en tierra extraña, el horrendo delito de ser leal a la causa de Hostos, y vuestro volteo que celebra el centenario del natalicio del iluminado de Mavaguez ha de ser somatén de guerra, y proclama de pelea, y airado grito, y no fiesta cobarde en hora de duelo ni turbia complicidad con el victimario ni voz confabulada para aplastar la justísima protesta y el dolor que estremece a los corazones! Hostos vivo y viviente—y no muerto y bien pulverizado y reducido a mojama inerte de mero escritor, reside ahora en Atlanta, aherrojado entre barrotes de mazmorra, y allí quiero ir a buscarle para poner en su martirio, que cumple cien años también, efusión de fervorosa solidaridad.

PIDALOS:

Aníbal Ponce: *Dos hombres: Marx, Fourier*..... \$ 1.50
León Felipe: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*..... \$ 1.25

Con el Administrador del *Repertorio Americano*.

Calcule el dólar a \$ 5.00

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual \$ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Erased una vez... (Rincón de los niños)

* * * * *

Somba burla al Rey

—De *El Decamerón Negro*, por León Frobenius. Revista de Occidente.
Madrid. 1925 - Selección y envío de V. Y. —

Un día Uegonaba (el rey de la selva, el león) publicó el siguiente bando: "Se prohíbe a los animales en lo sucesivo comer sibas (una especie de uvas silvestres). Me reservo para mí sólo ese derecho". Somba (el conejo) lo oyó y dijo para sí: "Los demás harán lo que quieran; a mí me es igual. Pero precisamente ahora será cuando yo coma más sibas".

Un día, Somba se fue al bosque y comenzó a tirar hacia abajo de las lianas y ramas, soltándolas luego con fuerza, de manera que hacían un gran ruido. Uegonaba lo oyó, vino corriendo y al ver a Somba le preguntó: "¿Qué es eso?" Somba se bajó a escape y dijo: "Qué dicha para mí que hayas llegado, Uegonaba. Sólo tú puedes salvarme la vida. Ya has oído el primer empujón del viento. Dentro de poco estallará una tempestad y el huracán se llevará a todos los animales. Hasta el elefante será arrastrado como una hoja. Hazme el favor de atarme bien a un árbol". Al oír esto, Uegonaba dijo: "Eso no es posible. Antes hay que atarme a mí, que soy el Uegonaba. Atame en seguida a un árbol, Somba". Somba dijo: "Como quieras". Inmediatamente Somba ató bien atado al fuerte Uegonaba y luego se fue por el bosque y se comió todas las sibas. Del rey del bosque no volvió a oírse y lo dejó tranquilamente atado.

Uegonaba estuvo mucho rato sin poder moverse. Al fin vinieron las pequeñas hormigas blancas y se pusieron a roer las lianas con que estaba atado el rey. Este quedó así libre.

Al cabo de un tiempo, el Uegonaba hizo saber que cierto día iba a celebrar una fiesta con todo género de sacrificios. Se ordenaba a todos los animales que concurriesen a la ceremonia. Somba, que lo oyó, se dirigió a Kango (el pelícano) y le dijo: "He oído una novedad importante. Préstame tu vestido para que me lo ponga". Kango le dio su vestido a Somba. Luego Somba corrió en busca de Buruogo (el faisán) y le dijo: "Préstame la bonita caperuza que llevas en la cabeza. He oído una novedad importante y quisiera estar también presente. Para ir bien vestido me hace falta esa prenda". Buruogo le dio su caperuza a Somba.

El día de la fiesta, Somba se puso el traje de plumas de Kango y la caperuza de Buruogo. Con ese vestido nadie lo reconocería. Se fue a la corte del rey. Dijo al llegar: "Buenos días". El rey dijo: "¿Qué es eso?" Somba dijo: "Me he atrevido a venir a la fiesta de tu cumpleaños porque has invitado a todos los animales". Uegonaba dijo: "¿Quién eres tú?". Somba dijo: "Yo soy el hijo del Termita". Uegonaba dijo: "Eso está bien. Tu padre me libertó cuando el perverso Somba me había atado. Por eso quiero recibirte y atenderte con gusto".

Uegonaba mandó que le preparasen a Somba un lecho en casa de su primera mujer. Mandó que le llevasen buenas bebidas y, finalmente, encargó que matasen un buey y le diesen los mejores platos. Somba durmió bien y mucho tiempo. Fi-

nalmente, la primera mujer del rey pensó: "El huésped, el hijo del pequeño Termita, lleva mucho tiempo durmiendo. ¿No será que esté enfermo? Voy a ver qué le ocurre". La mujer entró en la habitación. Somba estaba durmiendo. Durante el sueño se le había caído la caperuza. La mujer del rey le vio dormido con la cabeza desnuda. Miró la cabeza del durmiente y dijo: "Es chocante que el hijo del Termita tenga unas orejas tan largas. Tiene unas orejas como las de Somba. Voy a decírselo al rey". Y la mujer salió.

La primera mujer se fue en busca de Uegonaba y dijo: "El huésped que me has enviado no es el hijo del Termita; es Somba". El rey dijo: "No lo creo". La primera mujer dijo: "Basta verle las orejas. Se le ha caído la caperuza y se conocen fácilmente". El rey dijo: "No puedo creerlo; voy a enviar a alguien más que lo vea". El rey envió a un emisario. El emisario volvió y dijo: "Está durmiendo en casa de tu mujer. Se le puede conocer por las orejas. El animal se parece a Somba".

Uegonaba dijo: "En ese caso tenéis que ayudarme todos a matar a ese Somba, que se ha burlado de mí dos veces". El rey llamó a todos los esclavos y dijo: "Coged palos, entrad y matad a golpes a Somba". El rey puso muchos perros alrededor de la casa para que, si Somba se escapaba, los perros cayesen sobre él y lo matasen a mordiscos. Pero Somba cogió su mochila, saltó por encima de los esclavos y escapó.

Fuera los perros se echaron sobre él para morderle. Somba apretó a correr. Cuando el primer



Dibujo de J. M. Sánchez (1934)

perro casi lo había alcanzado, Somba le tiró un hueso del saco. El perro lo agarró inmediatamente, lo arrastró a un lado y se puso a roerlo. Un perro tras de otro fueron así apartándose. Al final sólo quedaba un perro viejo, que hasta entonces no había querido coger ningún hueso, empeñado en morder a Somba. Pero Somba tenía todavía en el saco un hueso con un gran trozo de carne, y lo fue enseñando largo rato por detrás, despertando el hambre del perro viejo. Al fin, el perro lo cogió y se apartó con él.

Durante algún tiempo Somba se vio libre de sus perseguidores. Pero cuando estaba ya muy cerca del bosque salvador, llegó el perro viejo y, en el momento en que iba a saltar en la arboleda, el perro lo cogió por la pata trasera. Pero Somba se echó a reír y dijo: "¿Muerdes un trozo de madera, teniendo al lado mi pie?" Entonces el perro soltó el pie y mordió una rama. Somba desapareció riéndose en la arboleda.

LEÓN FROBENIUS

Grischa

—De *Historia de una anguila y otras historias*.
Calpe. Madrid. 1922.—Envío de V. Y. —

Grischa, chiquitín de dos años y medio, rollizo y sonrosado, paséase con su niñera por la alameda. Lleva abrigo, gorra de pieles y bufanda; calza unas botas de goma que le llegan hasta las rodillas. Siente calor; los rayos calurosos del sol de abril le molestan los ojos.

Toda su pequeña y torpe figurita, andando tímidamente junto a su niñera, revela indecisión.

Hasta ahora Grischa no conocía más mundo que la habitación cuadrada en uno de cuyos rincones está su camita, mientras en el otro yace el baúl de la niñera; en el tercero, una silla, y en el cuarto cuelga una lámpara de aceite, donde flota una mariposa. Debajo de la cama se encuentran una muñeca sin brazos y un tambor.

Detrás del baúl hay gran variedad de objetos: carretes sin hilos, papeles, cajas rotas y un payaso. En este mundo, además de Grischa y de la niñera, aparecen frecuentemente mamá y la gata. Mamá se parece a una muñeca y la gata, a la pelliza de papá, sólo que a la pelliza le faltan los ojos y el rabo. Del mundo que lleva el nombre de "cuarto del niño" ábrese una puer-

ta que comunica con el espacio donde se come y se toma el té. Allí está la silla alta de Grischa y un reloj, el cual sirve para mover la péndola y hacer sonar una campanilla. Contiguo al comedor hay un aposento amueblado con butacas encarnadas. La alfombra ostenta una mancha sospechosa, por la cual le amenazan a Grischa con el dedo. Detrás de esta habitación hay todavía otra, cuyo ingreso es vedado a Grischa, en la que habita papá, personalidad hartamente vaga. La presencia de la niñera y de mamá se explica; ellas le visten, le dan de comer, le acuestan; pero la utilidad de papá nadie la comprende. No olvidemos a otra persona enigmática, la tía, la que regaló a Grischa el tambor. Ella aparece y desaparece a voluntad.

¿Dónde se oculta? Grischa miró más de una vez debajo de la cama, detrás del baúl y del diván, pero en ninguna parte puede hallarla...

Existen en este nuevo mundo, hay tal cantidad de mamás, papás y tías, que no se sabe a cuál de ellas acudir. Pero lo más extraordinario son los caballos. Grischa mira sus pies que se mue-

(Pasa a la página anterior)